

INVASION DE SERES HORRENDOS

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION



INVASION DE SERES HORRENDOS

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

494 – Sueldo diabólico, *Kelltom McIntire*.

495 – Huida a las estrellas, *A. Thorkent*.

496 – El imperio de las profundidades, *Kelltom McIntire*.

497 – La roca asesina, *Joseph Berna*.

498 – Metal candente, *Curtis Garland*.

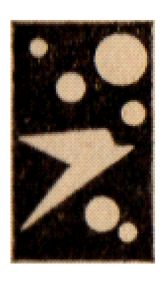
LOU CARRIGAN

INVASION DE SERES HORRENDOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 499

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 808 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: marzo, 1980

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

Espacio aéreo USA, abril, 2009

El punto apareció de pronto en la gigantesca pantalla del detector espacial. Tan súbitamente, que el técnico del turno nocturno quedó un instante atónito. Parpadeó varias veces, pero el punto seguía allí, en la pantalla. Muy bien, aquello era una evidencia, de modo que no titubeó más.

Pulsó el selector de distancias: 7.224 millas.

—Mac —llamó.

Uno de los compañeros del turno nocturno, que estaba recorriendo la sala del centro espacial, volvió la cabeza. Acto seguido, se acercó. El encargado del detector señaló la pantalla.

-—Acaba de aparecer. Está a… siete mil doscientas millas.

—¿Cómo que *acaba* de aparecer?

=~*Acaba* de aparecer. Hace unos segundos.

Mac estuvo a punto de decir que si estaba a siete mil millas no podía haber aparecido de pronto, sino que tenía que haber estado en pantalla mucho antes. Pero si David decía que acababa de aparecer era que acababa de aparecer. Y punto.

—¿Cuál es su velocidad?

David pulsó otro selector. En el pequeño visor de fondo rojo aparecieron los números que indicaban la velocidad por segundo,

—Ocho millas.

—Casi treinta mil millas por hora. No es mucho. Sigue vigilando eso. Posiblemente, se trata de algún satélite espacial que está cayendo desde las órbitas especiales. Consultaré la computadora internacional.

Mac se acercó a la computadora que recibía los datos de todos los centros espaciales del mundo. Alaister, que ya se había percatado del asunto, asintió, y sin necesidad de instrucciones manipuló la gigantesca computadora. Acto seguido, los dos miraron la pantalla en la que a gran velocidad, debía aparecer la comunicación luminosa de cualquier novedad en el espacio.

La pantalla permaneció en blanco.

—No es nada que esté bajo nuestro control —murmuró Alaister—. El objeto es ajeno al planeta Tierra.

Alaister era el encargado de la computadora internacional. Si él decía que el objeto no pertenecía a los controlados por el planeta Tierra, Mac sabía que así era. Nadie cometía allí nunca el menor fallo.

—Billy —alzó la voz Mac—, David tiene un objeto no terrestre en la pantalla. Localízamelo.

—*Okay* —asintió Billy, ante su aparato.

—David, dime la distancia.

—Sigue acercándose a ocho millas por segundo. Pronto estará a siete mil millas redondas.

—Bien. ¿Billy?

—Está en la vertical sobre el centro de Canadá, pero según su trayectoria caerá en casa

Mac asintió. En «casa», significaba que el objeto iba a caer en territorio estadounidense. Se volvió de nuevo a Alaister.

—Alaister, comunica con el Centro Mundial de Emergencias. Veamos si hay alguna avería en los controles internacionales.

Alaister volvió a manipular su aparato. Su respuesta fue rápida y segura, cien por cien creíble:

—Ninguna avería, Mac.

—Gracias. ¿Billy?

—Sigue la trayectoria anunciada. Viene a casa.

—Concreta al máximo.

La respuesta de Billy demoró apenas tres segundos:

—Caerá en el centro de la península Lower, Michigan, entre los lagos Michigan y Hurón. Posibilidad de descentramiento: un radio de cincuenta millas... Pero esa trayectoria no se desvía ni una décima-de pulgada: caerá en el centro de Lower.

—¿David?

—Nada ha cambiado. Sigue acercándose a ocho millas por segundo. Todos los datos permanecen invariables.

—¿Alguna posibilidad de identificación?

—No.

Mac se acercó de nuevo al detector espacial. El punto localizado continuaba allí. No había nada más. El resto de la pantalla era de una soledad nítida. El pulsador emitía un suave «bip» cada vez que su línea cruzaba con la trayectoria del objeto. David pulsó el contador inverso de tiempo.

—Impacto dentro de ochocientos setenta y seis segundos.

—Avisaré a la Fuerza Espacial... Esperemos que esa cosa no cause víctimas.

* * *

El objeto luminiscente fue divisado a simple vista poco después en un radio de ciento cincuenta millas tomando como centro el de la península Lower. Dejando tras él una larga cola de tono anaranjado resplandeciente, se diferenció con toda claridad de las estrellas, estuvo unos segundos en el cielo de la zona mencionada *y,* finalmente, dejó de verse.

Helicópteros especiales de la Fuerza Espacial volaban ya hacia la zona del impacto.

Apenas una hora más tarde, notificarían que el objeto no había causado víctimas ni daño material alguno, que estaba localizado en el cráter humeante que había formado, y que se solicitaba material adecuado para su recuperación y estudio.

Estados Unidos de América, abril, año 2009

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué te gustaría desayunar? —preguntó Felicity.

Einstein Marlowe, doctorado en Bioquímica, miró a su esposa todavía sonriendo, desviando la mirada de la pequeña pantalla del televisor donde la *cassette* reproducía las imágenes escenificadas del *Kamasutra.*

—Café, crema de huevos y jugo de frutas.

Felicity asintió, se volvió hacia la cocina automática, y apretó el botón que encendía la placa solar. Puso encima 'a cafetera, v luego se acercó a la conmutadora de vituallas. Tecleó solicitando crema de huevos y jugo de frutas para dos, y se VOLVIÓ a mirar a su marido, que seguía contemplando sonriente las imágenes de la pantalla.

—Me gustaría leer el libro —dijo.

—Se comprende todo mejor así... —señaló Einstein la pantalla—. ¡Fíjate, fíjate...!

—Parece que lo están pasando tan bien con esas cosas como lo hemos pasado nosotros esta noche —sonrió Felicity.

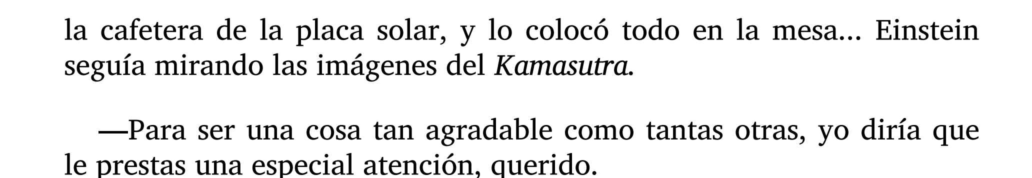
—Sin duda. Pero me pregunto por qué le daban tanta importancia al sexo.

—Bueno... —frunció el ceño Felicity—, es agradable, ¿no?

—Naturalmente. Como tantas otras cosas.

—Vaya, yo diría que más que otras —protestó ella.

La computadora emitió un suavísimo zumbido. Felicity se volvió hacia la ranura de servicio, y recogió los dos desayunos. Luego, retiró



la cafetera de la placa solar, y lo colocó todo en la mesa... Einstein seguía mirando las imágenes del *Kamasutra.*

—Para ser una cosa tan agradable como tantas otras, yo diría que le prestas una especial atención, querido.

—-Es divertido.

—Pero son las ocho de la mañana. Entiendo que este tipo de cosas podría... impulsarte a revivir momentos nocturnos. ¿Prefieres que volvamos a la cama o desayunamos?

Einstein apagó la pantalla, y miró con simpático fruncimiento de ceno a su esposa.

—Felicity, a veces pienso que eres una ninfa. Ya sabes.

-—Bueno, a ti también te gusta..., y solamente llevamos cinco meses juntos. ¿Tienes mucho trabajo hoy?

—No, no, como siempre. ¿Por qué?

—No me refiero al trabajo de siempre. Me refiero a tu... incansable labor para convencer a los señores de Washington de que deben proporcionarte ese laboratorio que tan pomposamente quieres llamar Marlowe Instituí.

—¿Pomposamente? —gruñó Einstein—. Soy el científico más importante del país en mis especialidades, ¿no es así?

—Posiblemente detrás del doctor Carmichael... —recordó Felicity —. Y él es mayor que tú, y tiene más experiencia. Opino que eres demasiado impaciente... y ambicioso, mi amor.

—Querrás decir «científicamente ambicioso».

—Por supuesto. No estaba hablando de dinero, ni natía parecido. Pero, en serio, Einstein, ¿no crees que deberías... cederle un poco el paso al doctor Carmichael?

—¿Por qué tengo que hacer semejante cosa? ¿Sólo porque él ya es un anciano?

—Sería muy considerado de tu parte, ¿no crees?

—Sí, lo sería. Pero los avances de la ciencia no están basados en consideraciones personales. Mira, Felicity, si Carmichael quiere ese

instituto, que se lo gane. Es lo que estoy intentando yo, y sabes muy bien que no regateo esfuerzos. Aquí no se trata de favorecer a ninguna persona, sino de impulsar la ciencia. No se trata de complacer a Marlowe o Carmichael, sino de facilitar la labor de un cerebro y unos conocimientos adquiridos. ¿De acuerdo?

—Se te va a enfriar el café —sonrió Felicity.

Einstein Marlowe asintió, como dándose la razón a sí mismo, y procedió a tomar placenteramente e] café. No era fácil desestabilizar emocional o psíquicamente a Einstein Marlowe. A sus treinta y dos años, era uno de los científicos más brillantes del país y, salvo la posible controversia con Carmichael en Bioquímica, era el primero en esta materia...

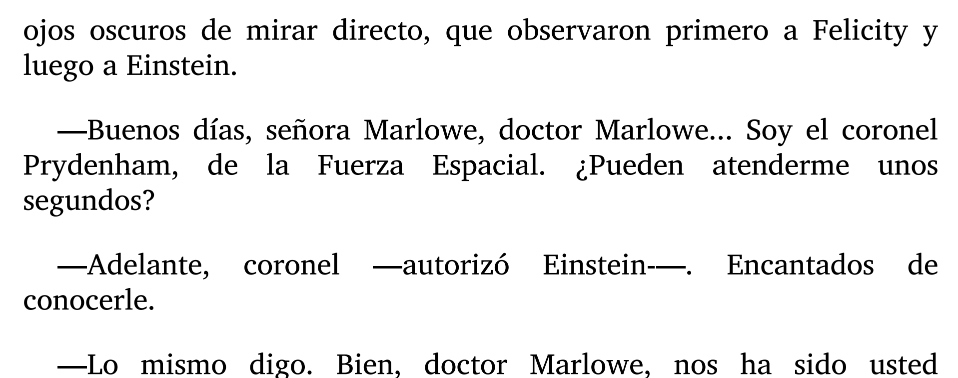
Felicity lo observaba atentamente, con la misma emoción de siempre. ¡Einstein era tan hermoso...! Alto atlético, rubio, ojos claros y serenos. Un bellísimo ejemplar de hombre. Y lógicamente, se las había arreglado para encontrar la mujer que formase espléndida pareja con él: Felicity Adams, hoy Felicity Marlowe. Felicity medía tres pulgadas menos que Einstein, es decir que le faltaba una pulgada para los seis pies. Y si Einstein era hermoso, ella lo era todavía más, con sus oíos de color violeta, su boca sonrosada, su alborotada melena más rubia que la de él, y un cuerpo magnífico. Como suele decirse, tal para cual. Y naturalmente, además de unidos por el amor y la belleza, estaban unidos profesionalmente..., si bien Felicity, que estaba embarazada, había dejado de trabajar v sólo ayudaba ocasionalmente a Einstein en trabajos que realizaba en su laboratorio privado, en casa.

Una hermosa casa en el centro de una amplia zona de césped en la que habían macizos de flores y algunos pinos y algún que otro pinabeto. Lugar: la zona residencial cercana a Seaside Park, en la localidad de Bridaeport, Connecticut.

—De todos modos —dijo de pronto Einstein—, yo estaría dispuesto a ser amable con Carmichael si él adoptara la misma postura.

—Bueno, no pienses más en eso —sonrió Felicity—. Ya verás como las cosas...

Una nota musical hizo enmudecer a Felicity. Se acercó al videófono y admitió la llamada. Un rostro desconocido apareció en la pantalla. Un hombre con uniforme de la Fuerza Espacial, aunque Felicity no supo identificar su graduación. Un sujeto de cabeza redonda, recia, y



ojos oscuros de mirar directo, que observaron primero a Felicity y luego a Einstein.

—Buenos días, señora Marlowe, doctor Marlowe... Soy el coronel Prydenham, de la Fuerza Espacial. ¿Pueden atenderme unos segundos?

—Adelante, coronel —autorizó Einstein-—. Encantados de conocerle.

—Lo mismo digo. Bien, doctor Marlowe, nos ha sido usted recomendado muy especialmente para ayudarnos en un pequeño problema al parecer de Bioquímica. Nos gustaría saber si estaría dispuesto a viajar a la península Lower, en Michigan, para... observar un objeto volante que ha impactado esta madrugada.

—¡Naturalmente! —exclamó Einstein.

-—Se nos dijo que aceptaría —sonrió Prydenham—. Un helicóptero especial de la Fuerza Espacial está ya en camino para recogerlo. Muchas gracias, y hasta luego. Señora Marlowe...

--Adiós, coronel —sonrió Felicity; la pantalla se apagó—. ¡Cielos, un objeto volante!

—Siempre te tomas a broma estas cosas, Felicity —gruñó Einstein.

-—¿Tú no? —le observó ella atentamente.

—Si te refieres a los «platillos volantes», sí. Ya he desesperado de ver uno con mis propios ojos. Pero eso es lo de menos. No se trata de si hay o no platillos, sino de si hay o no hay vida más allá de la nuestra física. Me refiero, claro está, a otras vidas también físicas.

—Eso ya está demostrado, querido.

—¿Está demostrado que haya vida física... inteligente?

—Bueno —Felicity puso una mano sobre una de Einstein—, si la hay, tú la encontrarás.

—Vaya, después de esto no me queda más remedio que decirte que te amo muchísimo —sonrió Einstein—. Te avisaré si algo me impidiese volver esta noche a casa.

—¡Oh, no! ¿Y el *Kamasutra?*

—Tonterías —dijo Einstein.

Pero acto seguido guiñó un ojo, y Felicity se echó & reír.

* * *

El helicóptero aterrizó a unos doscientos metros del borde de tierra quemada que formaba la boca del cráter, y Einstein Marlowe saltó ágilmente. Por supuesto, había quedado dentro del cerco formado por hombres de la Fuerza Espacial, que rodeaban el cráter con un círculo de casi un kilómetro de diámetro. Dentro de ese círculo, sólo podían permanecer personas autorizadas expresamente. Había personal de la Fuerza Espacial, todos de uniforme. Pero también había personal civil. Todos, cerca de la grúa que iniciaba los trabajos de recuperación, tras haberse asegurado por medio de detectores que no había radiación peligrosa alguna en el objeto.

Una de las primeras personas que Einstein vio fue Carmichael, imponente con su larga melena blanca, su barba patriarcal, y la maldita túnica que se había inventado para distinguirse siempre en todas partes. Carmichael también lo vio a él, y Einstein ignoró la irónica mirada del veterano científico, acercándose al coronel Prydenham, que- acudía a su encuentro. Cambiaron un apretón de manos, Prydenham lo presentó a todos, y luego, señaló hacia abajo.

—Véalo, doctor Marlowe: un auténtico objeto volante no identificado. Todavía está caliente, claro.

Einstein miró la humeante nave, cuyo tamaño le impresionó. No parecía haber sufrido daño alguno en su estructura exterior. Era cilíndrica, larga, reluciente. Quizá mediría unos cien pies. Bueno, no era la nave gigantesca que podía esperarse teóricamente, pero treinta y cinco metros tampoco estaba mal...

—Parece que el impacto fue tremendo, a juzgar por el cráter que ha formado —murmuró Einstein.

—No tanto como habría cabido esperar... —movió la cabeza el coronel Prydenham—. La nave descendió a casi treinta mil millas por hora. Lógicamente, debería haberse convertido en chatarra..., o bien, admitiendo la adecuada dureza de la aleación con que está construida, debería haber hecho un cráter mucho más profundo,

considerando que su forma es de proyectil.

—Sí, claro... Bueno, coronel, realmente yo no entiendo mucho de estas cosas técnicas. Lo mío...

—Sabemos muy bien cuál es su especialidad, naturalmente, doctor Marlowe. Por eso nos hemos permitido llamarle..., del mismo modo que llamamos al doctor Carmichael. El caso es que... -—Prydenham titubeó—. Bueno, parece que hay vida ahí, dentro de ese cacharro, y nos gustaría... contar con su ayuda en el momento del... contacto.

Einstein miró de reojo al coronel.

—Quizá voy a parecerle cínico, coronel, pero... ¿no será este proyectil cualquier ingenio procedente de otro lugar cualquiera de la Tierra? Nosotros podemos desconocerlo, cierto, pero...

—No es terrestre —aseguró Prydenham—. Y como comprenderá usted, para construir y pilotar una nave semejante, hay que tener inteligencia.

—Bastante, diría yo —comentó divertido Einstein—. Bueno, por mi parte estoy dispuesto a ayudar, naturalmente, pero Quiero que conste que no acepto la procedencia extraterrestre del artefacto... ¿Está claro?

—Creo que nuestro joven amigo debería escuchar la conexión con la nave —dijo amablemente Carmichael.

Einstein lo miró. Miró a Prydenham, asintió, y el coronel señaló hacía donde habían sido instalados los aparatos de escucha, de los cuales partían largos cables que habían sido conectados a la nave. Prydenham señaló a Einstein una de las dos cabinas herméticas de cristal, y Einstein se metió dentro y cerró. Quedó insonorizado en el acto, desconectado de todo sonido fuera de la cabina, que no procediese de la nave. Se colocó los auriculares especiales, y les dio el máximo volumen.

No oyó nada.

Silencio absoluto.

Pero de pronto, llegó el sonido, un nítido «cling», que a Einstein le recordó el que podía conseguirse golpeando con un dedo el borde de una copa de auténtico cristal. Frunció el ceño, y siguió escuchando. Unos quince segundos más tarde volvió a oír el mismo sonido,

igualmente nítido, cristalino, casi musical: «cling». En la otra cabina se había instalado Carmichael, que tenía vuelta la cabeza hacia él, y le contemplaba atentamente. El sonido, siempre igual, siempre idéntico, cristalino, musical, volvió a oírse quince segundos después. Y de nuevo transcurridos otros quince segundos. Y otra vez, siempre en la misma medida de tiempo.

A través de los cristales de ambas cabinas, Carmichael miraba todavía a Einstein, que alzó las cejas con gesto interrogante. Carmichael se encogió de hombros, y luego- sonrió, haciendo a su vez un gesto interrogante. Einstein Marlowe movió negativamente la cabeza. No tenía ni idea de Id que podía ser aquel sonido. Todavía estuvo escuchando no menos de cinco minutos. Cuando salió de la cabina, Carmichael también lo hizo.

—¿Qué opina? —preguntó.

—Parece una señal que podría ser mecánica o eléctrica... —murmuró Einstein—. Bueno-, cualquier cosa menos un signo de vida inteligente. Es muy regular: cada quince segundos. ¿Significa algo para usted?

—No —refunfuñó Carmichael.

—Tampoco para mí, lo siento. Y me gustaría saber de dónde ha partido la idea de que eso podría indicar la presencia de vida.

—Bueno... —gruñó Carmichael, desabrido—, se me ocurrió que ese «cling» podría ser el equivalente a un latido de nuestro corazón.

—Interesante teoría —admitió Einstein.

—¿La rechaza?

—Por supuesto que no. Según eso, tendríamos que admitir la posibilidad de que ahí dentro hubiese *un* ser vivo. Me pregunto si una nave como ésta puede o debe ser tripulada por un solo ser, sea humano o extrahumano. ¿Le parece probable, doctor?

—-Sabía que se las arreglaría para rebatirme —encogió los hombros Carmichael—, pero, realmente, no parece factible que una nave como ésta sea confiada a un solo ser.

El coronel Prydenham, que iba mirando de uno a otro a medida que tomaban la palabra, intervino, preguntando :

—¿Qué les parecería la teoría de una computadora? Quiero decir que quizás ahí dentro no haya ningún ser vivo, sino una computadora encargada de todos los controles de la nave, y que ese «cling» tan claro que oímos proceda de ella. Puede ser una señal de peligro, de avería, de aterrizaje... ¿Qué les parece?

—Usted sí es técnico en Aeronáutica Espacial, ¿no es cierto, coronel? —preguntó Einstein.

—Sí, cierto.

—Pues está más capacitado que nosotros para responder su propia pregunta; ¿puede ser una computadora? Dígalo usted mismo.

—Sí, podría ser —gruñó Prydenham—. Y ese «cling» podría ser lo que he dicho, es decir, señal de avería, peligro y/o aterrizaje. Lo cual no es nada tranquilizador.

—¿En qué sentido?

—Si esta nave está preparada para emitir señal de peligro o de avería, no será por capricho, sino para obtener resultados. Eso implicaría que la señal puede estar siendo recibida lejos de aquí por otras naves que, lógicamente, decidirían venir a prestar ayuda a ésta.

—¿Está sugiriendo la posible llegada de otras naves como la que tenemos en el cráter?

—De otro modo, ¿para qué la señal?

Los tres quedaron silenciosos unos segundos. Por fin, Einstein movió la cabeza.

—¿Sería tan amable de decirme cómo puedo ponerme en contacto con mi esposa? Mucho me temo que esta noche no podré ir a cenar a casa.

—Es lo más probable... —asintió Prydenham—. No tenemos ni idea de cuándo podremos acceder al interior de la nave..., en el supuesto de que eso sea conveniente.

—Bueno —dijo Carmichael—; esperaremos el tiempo que sea.

CAPITULO II

El acceso a la nave no fue posible hasta transcurridas nada menos que sesenta horas, es decir, transcurridos dos días y medio de espera, y cuando eran casi las diez de la noche. Los detectores rechazaron toda posibilidad de contaminación de cualquier clase. Parecía que el interior de la nave sólo contenía aire respirable, lo que no sorprendió a nadie, habida cuenta de que se podían haber producido algunas grietas que habían permitido la entrada de atmósfera terrestre.

Nada más entrar en la nave, oyeron de nuevo el sonido, que no había cesado en ningún momento durante aquellas sesenta horas: «cling».

" Para entonces, se había llegado a la irrefutable conclusión de que el material metálico de la nave, ya enfriada totalmente hacia un día, era desconocido en la Tierra; no se trataba de ninguna aleación, de ninguna mezcla.. Simplemente, era un metal único y puro desconocido, de una dureza quinientas veces superior a la del mejor acero terrestre y de una ligereza cinco veces superior a la del aluminio.

Con todos estos datos, y la matemática audición de aquel «cling» intrigante, la nave espacial se había convertido, muy lógicamente, en el centro del interés mundial. Alrededor del cráter, y más allá de la línea de miembros de la Fuerza Espacial, cientos de periodistas de todo el mundo, cámaras de televisión, detectores y toda clase de aparatos sofisticados, acechaban la posibilidad de conseguir información, aunque fuese hurtándola al sistema de seguridad de la Fuerza Espacial. Unas ciento cincuenta mil personas llegadas de todo el país en toda clase de transportes habían invadido la península Lower.

Científicos de todo el mundo habían solicitado permiso a Estados Unidos para estudiar la nave, ofreciendo su colaboración incondicional, pero, de momento, Washington había concedido autorización solamente a unos pocos. Estos eran: profesor Lennington, canadiense; doctora Thelma Fawcett, australiana; profesor Antón Kevichian, ruso; Gastón Duvarry, francés, Premio Mundial de astronomía; y Elmer Cunningham, el «genio» internacional en «interpretación» de mensajes radiales procedentes del espacio.

Entre todos ellos y Carmichael y Marlowe, habían llegado ya a una decisión importantísima: no podían llegar a ninguna decisión.

Cling, cling, cling.

Matemático. Cada quince segundos. Un medidor de tiempo nuclear había sido instalado en conexión con la nave, y su veredicto era inamovible y continuo: cada quince segundos se producía uno de aquellos sonidos nítidos, uno de aquellos «cling». Cada quince segundos exactamente, sin admitir ni siquiera la variación de una millonésima de segundo.

Los primeros en entrar fueron Einstein Marlowe y Carmichael, como biólogo y bioquímico; la doctora Fawcett, autoridad mundial en medicina espacia! Anton Kevichian, maestro en energía propulsora, y, naturalmente, el coronel Prydenham, no sólo como técnico aeronáutico, sino como jefe militar absoluto de todo cuanto se relacionase con la nave, que ya había sido incluso bautizada, con el nombre de *Súbita,* atendiendo a su sorprendente y súbita aparición en la pantalla detectora.

En cuanto a Cunningham y Duvarry permanecían en el exterior, colaborando con los colegas americanos que habían llegado con los poderosos aparatos de radio y telescopios.

Dentro de la nave, era todo silencio..., salvo el «cling».

—Estoy tan acostumbrado a esta nota musical —dijo

Carmichael— que temo que no podré dormir cuando deje de oírla.

Einstein le dirigió una mirada casi de simpatía. Para su sorpresa, cuarenta horas antes se había enterado, merced a una pequeña e involuntaria indiscreción de Prydenham, que había sido Carmichael quien, tras ser el primero en llegar allí, había solicitado su colaboración. Chocante.

Estaban en lo que podría definirse como vestíbulo de la nave. Un vestíbulo que, salvo la puerta que quedaba tras ellos, que había sido forzada y abierta utilizando una computadora nuclear, era una pequeña caja metálica. No se veían ranuras, ni puertas, nada, salvo metal.

Einstein adelantó un paso más hacia el frente, y en el acto, en completo silencio, una puerta se descorrió, penetrando en el panel de la derecha. El profesor Lennington, experto en mineralogía, lanzó una exclamación, y, pese a que había sido el último en entrar, se abrió paso excitadamente, y se quedó mirando el borde de aquel marco metálico, cuya arista era de una finura increíble. La puerta que se había deslizado introduciéndose en el panel, no permitía ver la menor ranura; era como si el panel fuese macizo absolutamente.

—Bueno —murmuró Lennington—, no sé qué es lo que vamos a encontrar, pero de momento, me quito el sombrero ante la técnica utilizada para construir esta nave.

—Tenemos buenas naves en la Tierra —murmuró Prydenham.

—No como ésta... —Lennington le miró de soslayo—, a menos que Estados Unidos disponga de naves último modelo que no hayan sido registradas en el Centro Mundial de Aeronáutica, coronel.

Prydenham desvió la mirada, y señaló el hueco.

—Deberíamos entrar, ¿no les parece? Sea tan amable, profesor Carmichael.

El privilegio era evidente, pero nadie tenía nada que oponer. Carmichael entró, seguido de Einstein. Tras él, se agolparon los demás, mirando con curiosidad a todos lados. Curiosidad que no parecía estar justificada: simplemente, estaban en el centro de la nave, que se abría a derecha e izquierda, es decir, hacia popa y proa respectivamente.

—Cualquier sistema de navegación debe estar en proa —dijo no muy convencido Prydenham—: echemos un vistazo.

Estaba en proa, en efecto. Era una sala de control de reducidas dimensiones, y no había nada más que aparatos. Ni un solo ser viviente.

Cling.

—Parece una nave de la Tierra, en líneas generales... —deslizó Antón Kevichian—. ¿Está de acuerdo coronel?

—En líneas generales, sí. Pero habría que estudiar todo este instrumental. Personalmente me atrevo a decir ya que todo funciona bajo las órdenes de ese tablero central —señaló.

—Debe ser la computadora encargada de tomar todas las decisiones de vuelo —asintió Kevichian—. Y si juzgamos por la perfección técnica que observamos a nuestro alrededor, se hace difícil admitir que esa computadora haya tenido... una avería o haya cometido un error.

—Lo que nos lleva a la conclusión —deslizó la doctora Fawcett— de que la nave no ha «caído», sino que ha «venido» a la Tierra ¿Están

de acuerdo?

Nadie contestó. La doctora Fawcett sonrió. Debía tener cuarenta años, pero se conservaba esbelta y bellísima, rojos los cabellos, verdes los ojos, acogedora la mirada. Ampliando su sonrisa, la doctora se acercó a lo que ya habían opinado que era una computadora de navegación. Apenas se inclinó sobre el panel, a su izquierda, se descorrió un rectángulo metálico, encajando en la estructura con la misma perfección que la puerta, y dejando libre un curvado cristal... o lo que fuese, que permitía ver el suelo del cráter, pues al otro lado del cristal también se había descorrido otro delgado panel.

Todos se quedaron mirando la tierra a través del mirador. La nave, inclinada unos veinticinco grados con la proa abajo, lo que les obligaba a desplazarse con sumo cuidado, estaba empotrada, pero sabían ya que todo estaba preparado para retirarla de allí, y colocarla plana fuera del cráter.

—Debería haber alguien aquí —murmuró Carmichael.

—¿Por qué? —inquirió Lennington.

—Porque una computadora no necesita visor de ninguna clase —murmuró Einstein, tomando la palabra—, y en cambio, la presencia de un visor panorámico del espacio indica la presencia de navegantes, digamos... físicos, con ojos.

—Exacto —asintió Carmichael—. Bueno, en cuanto a mí se refiere, esta parte de la nave no me parece demasiado interesante. Veamos si encontramos a la tripulación en el otro lado.

Regresaron al centro de la nave, y de allí pasaron a popa. En popa, es decir, en el compartimiento que quedaba entre el vestíbulo y la parte final destinada a los sistemas de propulsión, había solamente una caja metálica, en el centro. Lo demás era el vacío rodeado de metal.

Cling.

—Aquí es donde se oye más fuerte —murmuró Carmichael.

Se acercaron a la caja metálica, de una altura aproximada de metro y medio, una longitud de cinco metros, y una anchura dé dos. Era como una gigantesca caja de cerillas, cuya parte superior no era de metal, sino de cristal, o cualquiera que fuese aquella materia que, indudablemente, era la misma del visor directo de proa.

Todos miraron a través del cristal. De momento sólo vieron una cegadora blancura; como la más hermosa y pura nube. Einstein fue el primero en darse cuenta de que aquella masa blanca parecida a una nube, quizás a nata, quizás a nieve, no era homogénea.

—Son bolitas —dijo.

—¿Cómo, bolitas? —masculló Kevichian, ajustándose los lentes.

—Bolitas blancas. Seguramente lo distinguiría usted bien si en lugar de tener el tamaño de medio grano de arroz, fuesen del tamaño de pelotas de tenis.

—O de ping-pong —rió Carmichael.

Todos rieron, un tanto forzadamente. Kevichian aceptó la broma sonriendo, y. forzando la vista.

—Sí, ya las veo... Bolitas. Vaya, como pelotas de ping-pong diminutas, sí.

Cling.

Se quedaron mirando, en total silencio, la enorme cantidad de bolitas. Si el contenido llegaba desde el borde que veían hasta el fondo de la caja a nivel del suelo, podía haber allí cientos de millones de bolitas...

Cling.

—El sonido lo producen ellas —susurró Kevichian, cuyo oído, obviamente, era superior a su vista.

Carmichael y Marlowe alzaron la mirada de las bolitas, y se miraron. Einstein alzó las cejas, y Carmichael encogió los hombros. Prydenham, que se dio cuenta del intercambio de «ideas», murmuró :

—,-'Qué ocurre?

—Podrían ser embriones —dijo Einstein.

—¿Qué?

—Embriones.

—Embriones..., ¿de qué?

—De vida, naturalmente… —farfulló Carmichael, cuya línea de pensamientos parecía gemela a la de Einstein—. Algo así como fetos.

El pasmo cundió en el grupo de científicos ajenos a la Biología, La doctora Fawcett exclamó, por fin:

—¿Quiere decir que estos… huevecitos son… niños?

—Me pregunto qué clase de «niños», pero Marlowe y yo pensamos eso. ¿No es así, Marlowe?

—En gestación, claro —asintió Einstein—: fetos…, o lo que más pueda parecerse a lo que nosotros conocemos por fetos. Aunque quizá sería mejor decir huevos en incubación.

—¿Como los de gallina? —gruñó Lennington.

—Bueno, algo así, supongo.

—Pero… si eso es cierto… tenemos aquí cientos de millones de… de fetos extraterrestres… ¿No es así?

—Parece que es así —asintió de nuevo Einstein.

—¿No podría tratarse de alguna muestra… mineral? —sugirió Lennington.

Carmichael y Marlowe lo miraron con cierta irritación.

—Profesor Lennington, si usted quiere estudiar estas cosas, nosotros no tenemos inconveniente —dijo Einstein—, pero le agradeceríamos que nos dijera de algún mineral que lata.

—¿Que… lata?

-—De latir. ¿Alguna vez «oyó» usted a un mineral?

—Pues no… No, claro que no. Pero…

Cling.

Einstein y Carmichael sonrieron secamente. Lennington se tocó la frente, en la que había unas gotitas de sudor.

—Yo creo —intervino la doctora Fawcett— que no debemos obtener conclusiones precipitadas. Es decir, ni siquiera son conclusiones; son sólo suposiciones. Como encargada de la parte

médica de este asunto, me parece que debería ser yo quien estudiase con el debido detenimiento estas bolitas; sería lamentable que contuviesen algún germen o virus espacial, ¿no están de acuerdo?

—También podría tratarse de una masa de corpúsculos generadores de una energía desconocida… —deslizó Antón Kevichian—. La energía que ha estado propulsando esta nave a través del espacio. No me dirán que es descabellado… Podría ser cualquier sistema desconocido de reactor.

Carmichael y Einstein se miraron, y sonrieron como si compartieran un secreto, lo que mosqueó de nuevo a Prydenham.

—¿Y ahora? —inquirió, autoritario.

—Bueno… —dijo Einstein, todavía sonriendo—. El profesor Carmichael y yo opinamos que son embriones; el profesor Lennington ha sugerido que podría tratarse ce alguna muestra de mineral; la bella doctora Fawcett sugiere que, sea lo que sea, podría contener virus peligrosos para el planeta Tierra; en cuanto al cama- rada Kevichian apunta la posibilidad de que se trate de un… reactor, de una masa productora de una energía desconocida. Supongo que si estuviesen aquí dentro los señores Cunningham y Duvarry, el primero diría que esto podría ser un sistema de comunicación radial por medio de ese «cling», y en cuanto al señor Duvarry, cabe que se hiciera fuerte en la teoría de que estas bolitas podrían ser o haber sido parte de una masa estelar…, con lo que cada uno de nosotros definimos bien claramente nuestra postura egoísta de hacemos cargo de la investigación, en busca de la fama, el prestigio, la gloria científica. Opino que es una actitud equivocada por parte de todos, y además, sugiero: *¿y si se tratase de cualquier otra cosa que nosotros ni siquiera podemos imaginar?*

El coronel Prydenham parpadeó.

—Bueno, profesor Marlowe, es lógico que todos queramos ser los descubridores de esto —murmuró—. La cuestión no está en quién va a tener razón, sino en colaborar.

—Muy bien —asintió Einstein—, pero mi colaboración, lógicamente, se asentará en la base de que estas bolitas son embriones.

—Lo mismo digo —apoyó enérgicamente Carmichael.

—Todos los demás —murmuró Kevichian— tenemos las mismas

posibilidades de acertar que ustedes.

—En efecto. O puede que no acertemos ninguno. De todos modos, la solución parece simple: cada uno de nosotros recibirá... las suficientes bolitas de éstas para emprender las investigaciones adecuadas a su especialidad. Y ya veremos sin son fetos, energía, masa estelar, mineral..., o algo que ninguno de nosotros sea capaz de definir.

—Es una propuesta justa —admitió Lennington—: que cada cual reciba unas cuantas bolitas, y... ¡a trabajar!

—Sólo hay un problema —sonrió Carmichael—: ¿quién y cómo saca de aquí las bolitas?

Cling.

Hubo un instante de desconcierto. Acto seguido, todos comenzaron a mirar por todos los lados de aquella especie de caja metálica con cubierta de cristal. No había el menor resquicio en ninguna de las superficies, no se veían compuertas, ni paneles, ni cierres de ninguna clase.

—Habría que romper este cristal —señaló Kevichian.

—¿Con qué? ¿Con un martillo?

—No debe ser tan difícil —dijo Lennington—: parece cristal. Es muy probable que podamos romperlo con alguna herramienta... adecuada. Parece una lámina muy fina...

Mientras decía esto, Lennington golpeó con el puño el material transparente... Inmediatamente, la masa de blanquísimas bolitas se tomó negra, y todo el interior del compartimiento pareció oscurecerse..., mientras Einstein Marlowe se llevaba las manos a la cabeza, y retrocedía como si acabasen de empujarle.

—¡No haga *eso!* —gritó—. ¡Me está *lastimando!*

Pese al sobresalto y desconcierto de todos ante la reacción de las bolitas, las miradas se concentraron en seguida en Marlowe, con sorpresa, incluso con pasmo. Carmichael se acercó a Einstein, y le tomó de un brazo.

—¿Qué le ocurre? —exclamó—. ¿Se encuentra mal, muchacho?

Einstein cerró los ojos, y aspiró profundamente. Cuando abrió los ojos, su expresión era como aterrada.

—No sé qué me ha pasado... Lo siento.

—Ha dicho que yo le había *lastimado* —susurró Lennington.

—Puede haber sido una onda emitida por las bolitas... —dijo Kevichian, demudado—. ¡Mírenlas!

Las bolitas estaban perdiendo su color negro lentamente. Muy lentamente. Lentísimamente... Carmichael fue el primero en darse cuenta de que ya no se oía el -cling», pero se limitó a mirar a Einstein, que, totalmente recuperado, asintió en silencio.

Las bolitas estaban tomando ahora un tono morado oscuro, violeta... Azul... Rojo...

—Está expresando toda la escala cromática —susurró Lennington.

Las bolitas estaban ahora de color amarillo, que fue palideciendo lentamente. Blanco. Más blanco, más blanco... Blanco puro.

Cling. .

En los cambios de miradas que se produjeron, un psicólogo habría encontrado tema para escribir un interesante libro. La iluminación había vuelto, al parecer coincidiendo con el regreso al tono blanco de las bolitas.

El coronel Prydenham se pasó una mano por la boca.

—Señores, no voy a discutir con ustedes. Simplemente, por el momento, y como jefe militar, paso a apoyar la opinión de los profesores Carmichael y Marlowe: son... seres vivos.

—-Pero, coronel, habíamos convenido...

—Profesor Kevichian, no me importa lo que hubiésemos convenido: nadie tocará estas bolitas hasta que en Washington hayan tomado una decisión que seguirá a mi informe. Lo siento, pero... no hay más que hablar.

Cling.

La nota musical pareció subrayar las palabras del coronel. Este soltó un gruñido.

—Salgamos de aquí... Y dadas las circunstancias, dejaremos la nave tal como está y donde está. Por favor, espero que lo entiendan: no puedo sino esperar órdenes de Washington.

Nadie dijo nada. En silencio, mohínos, el grupo de científicos abandonó la nave, ascendiendo hacia la boca del cráter por la escala de aluminio colocada horas antes. Elmer Cunningham y Gastón Duvarry, y otros científicos auxiliares, se apresuraron a rodear a sus colegas seleccionados, y comenzaron a acribillarlos a preguntas. El coronel Prydenham se apartó, para preparar, asesorado por el servicio de prensa de la Fuerza Espacial, un informe circunstancial para la prensa mundial.

Hacia las doce de la noche, la situación estaba bastante calmada. Alrededor del círculo de un kilómetro de diámetro donde estaba la muy vigilada y protegida nave se veían miles de luces activadas por las personas acampadas en la península Lower. El coronel Prydenham, que se disponía a partir en helicóptero especial hacia Washington, atendió el acercamiento de Einstein Marlowe, cuyo aspecto era fatigado y desaseado: hacía tres días que no se afeitaba.

—Coronel, espero que no tenga usted inconveniente en que me ausente unas horas. Estoy agotado, y es de suponer que la decisión de Washington no será precisamente precipitada.

—Me temo que no —asintió Prydenham—. Naturalmente, puede disponer de uno de los helicópteros para regresar a su casa momentáneamente, profesor, pero,., me sorprende. ¿No le interesaría más cambiar impresiones con sus colegas?

—¿Colegas? Para mí, el único que puede ser considerado así es el profesor Carmichael, y ya estamos los dos de acuerdo en que son seres vivos. Naturalmente, si usted nos permitiese examinarlos, me quedaría.

—Lamento tener que negarme, profesor Marlowe.

—Lo comprendo. Bien, estaré en casa esperando su llamada.

Einstein se disponía a dar media vuelta, pero Prydenham le sujetó por un brazo.

—Profesor...

—¿Sí?

—Usted dijo que el golpe de Lennington le había *lastimado*. ¿Qué quiso decir con eso?

Einstein movió la cabeza.

—Ojalá lo supiera. No se olvide de avisarme cuando todo haya sido decidido.

Se alejó de Prydenham. En el borde del cráter, mirando hacia la nave, vio la silueta de Carmichael, inconfundible con su espectacular túnica color crema y sus blancos cabellos y frondosa barba. Carmichael estaba solo, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, relajado, mirando pensativo la nave espacial.

—Profesor —llamó Einstein, a pocos metros de él.

Carmichael se volvió frunció el ceño y descendió del abultado labio del cráter, cuidadosamente. Abajo, Einstein le miraba interesado. Se sentía cansado de verdad, y sabía que Carmichael tenía que estarlo tanto o más que él.

—¿Sí, profesor Marlowe? —llegó Carmichael ante él.

—Me voy a descansar unas horas a casa.

—Ah. Bueno, dichoso usted. Yo vivo bastante más lejos, en California.

—Sé muy bien dónde vive usted —frunció el ceño Einstein—, del mismo modo que usted sabe perfectamente dónde vivo yo. Mire, en Io referente a la investigación que pueda seguir, no voy a concederle a usted tregua..., ni la espero de usted. *Okay?*

—De acuerdo —aceptó Carmichael, sonriendo—. Aunque debo decirle que *siempre* dos cerebros han conseguido más resultados que uno solo, mi joven colega. Especialmente, claro, cuando son de nuestra categoría.

—¿Una alianza? —sonrió también Einstein.

—No me parece ninguna estupidez. Estamos rodeados de cretinos, ¿no es cierto? O digamos que es cretina su actitud. Usted y yo sabemos que son seres vivos. Por el momento no tenemos ni idea de su procedencia o... formación molecular, pero quizá trabajando junios...

—No sé. Quizá soy demasiado orgulloso. Podemos discutir eso más despacio... si acepta usted mi invitación. Felicity estará encantada de conocerlo- personalmente.

—Ah, su joven y bellísima esposa —casi rió Carmichael—. Es usted un hombre afortunado, realmente.

—Gracias. ¿Acepta mi invitación?

—Desde luego —suspiró Carmichael—: ¡me estoy muriendo de cansancio!

—El helicóptero nos dejará allá en menos de una hora, y podremos descansar —Einstein dio la vuelta, y, emparejado coa Carmichael, comenzó a caminar hacia la zona destinada a helicópteros, metiendo las manos en los bolsillos de la arrugada chaqueta—. Espero poder ofrecerle...

Se detuvo en seco, quedó inmóvil. Parecía una estatua.

—¿Qué le ocurre? —le miró Carmichael, preocupado—. ¿Todavía no se siente bien?

Einstein parecía no oírlo. No parpadeaba. Parecía que ni siquiera respiraba. Lentamente, sacó la mano derecha del bolsillo de la chaqueta, y la colocó extendida entre él y Carmichael. Este soltó un respingo incontenible: la palma de la mano de Einstein estaba ocupada por un montoncito de bolitas blancas, níveas. Carmichael las estuvo mirando aturdido unos segundos. De pronto, miró vivamente a su joven colega.

—Las ha robado... ¡¿Cómo lo ha conseguido?!

Einstein movió la cabeza.

—No lo sé... No he robado nada, profesor.

—¡Vamos, hombre...!

—Le digo que no las lie cogido yo. ¿Cómo demonios había de poder hacerlo?

—Pero... las tiene usted, ¿no es cierto? ¡Y no me diga que han ido a parar solas a su bolsillo!

Se quedaron mirándose. Einstein impasible. Carmichael parpadeó.

—¿Ha sido así? —murmuró—. ¿Han llegado solas?

—Yo no las he cogido —murmuró también Einstein.

—Por todos los... ¡Guárdelas, muchacho! Nadie tiene que saber esto... ¡Vamos al helicóptero, larguémonos de aquí a toda velocidad! ¡Usted y yo podemos hacer grandes cosas con esas bolitas en su laboratorio! A menos... —Carmichael pareció desilusionarse de pronto--. Bueno, quizás ahora no desee invitarme.

Einstein se guardó las bolitas en el bolsillo, y sonrió ceñudamente.

—Estoy seguro de que a Felicity le gustará conocerlo, profesor.

CAPITULO III

El helicóptero emprendió el regreso a la península Lowers tras dejar a los dos científicos en el jardín de la casa de Einstein. Este señaló hacia la casa, donde, pese a lo tardío de la hora, la *luz* estaba aún encendida.

—Hemos despertado a mi mujer —dijo, festivamente.

—-Esperemos que no tenga mal genio —sonrió Carmichael—. Su jardín es muy agradable, tan amplio. No me gustan los jardines atiborrados de plantas.

—Tampoco a mí. Considero que es lo mismo que apretujar a las personas en un habitáculo insuficiente.

—Exacto. ¿Eso son rosales?

Señaló los arbustos que se distinguían perfectamente a la luz de la luna. Einstein asintió.

—A Felicity y a mí son las flores que más nos gustan: las rosas. Tienen un aroma exquisito, tan delicado...

—¿Aroma? Yo no huelo nada.

—Esta variedad todavía tardará un par de semanas en florecer. Felicity y yo lo estamos deseando... Ella tiene más paciencia que yo, incluso para estas pequeñas cosas. A mí me gustaría oler ya las rosas, pero ella sabe esperar.

—Me imagino que una noche con perfume de rosas y una esposa tan linda debe ser algo muy agradable —sonrió Carmichael.

—Sin duda. ¡Bueno, ya llegará...!

—¿Einstein? —les llegó la voz de Felicity, en la puerta de la casa, recién abierta.

—¡Adivina quién viene a cenar! —exclamó alegremente Einstein.

Recortada en la luz de la casa, Felicity echó a correr por el césped, y se echó en brazos de su marido. Le besó impulsivamente, y acto seguido exclamó:

—¡Cielos, pareces un cepillo...! ¿Qué tal, profesor Carmichael?

—Muy cansado —rió el científico—, pero encantado de conocerla, señora Marlowe. Su marido ha tenido la amabilidad de invitarme a descansar en su casa... Espero no molestar.

—Claro que no —tendió Felicity su delicada mano a Carmichael—. Les prepararé café y computaremos algo de comer. ¿O prefieren retirarse a descansar inmediatamente? ¡Me parece que no llegan con muchas energías !

—Hemos descansado un poco en el helicóptero —dijo Einstein—. La verdad es que vamos a ponemos a trabajar en cuanto hayamos comido algo, mi amor.

—¿A trabajar? ¡Pero si son las dos de la madrugada... !

—Eso no nos importa a Carmichael y a mí. Lo siento, querida. Lo mejor será que vuelvas a la cama.

—Oh, no. Podría ayudaros en...

—No. Quiero una esposa descansada y un niño sano y normal. De modo que ya que eres tan amable de prepararnos algo, gracias. Pero luego, ¡a descansar! Felicity, mi amor: sin discusiones.

—Está bien —se resignó ella, llegando ya a la puerta de la casa; se detuvo y se volvió hacia el jardín—. Oh, Einstein, qué delicia: ¡ya huelen las rosas!

Los dos la miraron sorprendidos. Los dos abrieron la boca para decir uno que no y el otro que todavía no habían florecido aquella variedad de rosas... Pero, al abrir la boca, les pareció que ésta, de

pronto, quedaba inundada de perfume de rosas. Los efluvios, delicados, penetraron suavemente por sus fosas nasales.

Tras un cambio de miradas entre Carmichael y Einstein, éste murmuró:

—Sí, ya huelen... Delicioso en verdad.

-—Pero es extraño... —murmuró Felicity—. Esta tarde todavía estaban los pequeños capullos cerrados completamente.

—Quizás alguno se ha abierto —sugirió Carmichael-—. Mañana podrá comprobarlo, señora Marlowe.

—Sí, claro. Oh, pero no debe llamarme así, sino Felicity a secas. ¿No te parece, Einstein? ¡Tenía tantas ganas de conocerlo! La verdad es que si no tuvieran que trabajar esta noche, la pasaría charlando con usted... Y a propósito: ¿qué clase de trabajo? ¿Qué ha pasado realmente? La televisión está dando unas explicaciones que no me convencen nada. Bueno, sé que esa nave es extraterrestre, pero... ¿qué más?

Einstein cerró la puerta de la casa, besó a su esposa en la nariz, y sonrió.

—Supersecreto científico, mi amor. ¿Podrás contener tu curiosidad hasta mañana, es decir, hasta las nueve o las diez de *esta* mañana?

' Felicity miró a uno' y otro.

—Sabéis más que los demás sobre algo... ¿Verdad?

—Todavía sabremos más por la mañana.

—Bueno —rió de pronto Felicity—, ¡si estoy dispuesta a esperar un niño tinos cuantos meses, bien puedo esperar noticias científicas unas cuantas horas! ¿No estáis oyendo... algo, como... como una nota musical..., o una cosa parecida...?

—¿A qué te refieres?

—Pues... a algo así como «cling»... ¿No?

De nuevo se miraron Carmichael y Einstein. El primero encogió los hombros, sonriendo. Einstein metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, y sacó un puñado de bolitas. Felicity se quedó mirándolas con la boca abierta. De pronto, exclamó; ...

—¡Qué bonitas son…! Bueno, pero… *¿qué son?*

—Creemos que son retos —murmuró Carmichael.

La desorbitada mirada de Felicity fue hacia él. Luego, pareció saltar hacia Einstein, que alzó la mano libre.

—Está bien, está bien —refunfuñó-—, puedes trabajar con nosotros. Sé que no dormirías después de ver y oír esto.

Cling…

* * *

Hacia las ocho de la mañana, Einstein y Carmichael se habían dormido, agotados, v Felicity comenzó a dar cabezadas. Estaban los tres frente a la consola de la computadora, que había sido programada rápidamente por Einstein para investigaciones genéticas. En el gran cubo de plástico transparente especialmente esterilizado, el montón de bolitas blancas seguía sometido al escrutinio del saber humano.

No había servido de nada, por el momento.

Se había partido de la base de que aquellos «seres» no podían ser mamíferos, habida cuenta de que su estado embrionario era (al parecer) en forma de huevo. Así pues, se les clasificó inicialmente en los niveles de los ovíparos, y se procedió de modo sistemático a buscar la analogía correspondiente. Tiempo perdido.

En determinado momento, Einstein y Carmichael discutieron la posibilidad de que cualquiera de sus colegas científicos que habían entrado en la nave con ellos pudiera tener razón, o, cuando menos, parte de razón: ¿por qué no admitir que aquellas bolitas pudieran ser un mineral, o masa estelar, o una fuente de energía, o…?

No.

No eran ni una cosa ni otra.

Y puestos a no ser, incluso parecía que ni siquiera fuesen seres vivos realmente.

Cling.

Felicity alzó la cabeza, sobresaltada. Había estado a punto de dormirse ella también..., lo que a fin de cuentas no era ninguna tontería. Un poco reanimada, se irguió, bostezó, y miró de nuevo las bolitas encerradas dentro de la caja de plástico de la computadora. Movió la cabeza con gesto de desaliento, y miró a su marido y luego a Carmichael, que dormían con la cabeza apoyada en la consola, cada uno frente a su receptor de información.

El olor a rosas persistía. Sutil, delicado, fragante, delicioso.

«Seguro que se han abierto algunas ya», pensó Felicity.

Apagó la luz del laboratorio, y abrió una de las ventanas. Ya era de día, y un sol pálido pero prometedor, primaveral, bañaba el césped, dándole una tonalidad delicada, bellísima. Felicity decidió salir a dar un paseo por el jardín, para ver y oler las rosas de cerca.

Dos minutos más tarde, contemplaba con asombro los capullos de las rosas. Seguían igual que el día anterior, todavía diminutos, cerrados. Y allí, en el exterior, precisamente junto a los rosales, no olía a rosas.

Felicity no sólo era una hermosa mujer, sino una mujer auténticamente inteligente. Volvió la cabeza hacia la casa, y emprendió el regreso, casi corriendo... Y tal como había sospechado, nada más entrar en el laboratorio volvió a oler a rosas.

Felicity puso una mano sobre un hombro de Einstein.

—¡Einstein, despierta! ¡Despierta!

Su marido refunfuñó algo, abrió los ojos, y, con la mejilla apoyada en la consola, se quedó mirando las bolitas dentro de la hermética caja. Se irguió vivamente. A su lado, Carmichael se había despertado en silencio, con una vivacidad natural, como si no hubiese estado dormido.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No pertenecen al reino animal de ningún modo, ni conocido ni desconocido por nosotros —dijo excitada- mente Felicity, señalando las bolitas—. ¡Pertenecen al reino vegetal!

Los dos profesores en Bioquímica se quedaron mirándola con leve

estupefacción. Einstein arqueó las cejas. Carmichael preguntó:

—¿Por qué dice eso?

—Las rosas todavía no están abiertas, no huelen, siguen siendo capullos. Acabo de verlas. El olor sólo se percibe cerca de las bolitas.

Marlowe y Carmichael miraron las bolitas, y de nuevo a Felicity. Einstein movió negativamente la cabeza.

—No tiene sentido —murmuró.

—¿Por qué no? ¡Te digo...!

—No tiene sentido, querida. Estaban en una nave espacial, que cualquiera sabe de dónde viene. En la nave, ciertamente, había una computadora directora de vuelo, así que estas bolitas no tenían que hacer nada, más que dejarse transportar. Ahora bien, el acondicionamiento de la sala de mandos de la nave indica que ésta puede ser dirigida directamente por seres inteligentes, prescindiendo de la computadora automática. Así pues, la nave procede de algún lugar donde hay seres inteligentes. ¿Estás de acuerdo?

—Bueno... Sí, en eso sí, pero...

—Admitida, entonces, la existencia de esos seres inteligentes, me pregunto': ¿por qué utilizar una nave para transportar por el espacio... semillas vegetales? ¿Qué objeto tendría eso?

—Oh, yo no sé, pero...

—No tendría objeto alguno. En cambio, sí tendría objeto transportar... fetos de esos seres inteligentes a determinado lugar donde, quizá, serían... incubados. O posiblemente, se trate-de un exceso de... población en determinado planeta, y hayan decidido instalar esa carga en otro lugar del espacio. Y luego, ese «cling» que no cesa. O es un latido, un síntoma rudimentario de vida, o es una señal continua.

—Sabes muy bien que se ha llegado a la conclusión de que los seres del reino vegetal están capacitados para comunicarse —se irritó un poco Felicity—, de modo que esa señal no tiene que ser necesariamente' de un ser animal.

—Admitido que los seres del reino vegetal se comunican entre sí —sonrió Einstein—, pero... ¿alguna vez los has oído tú de algún modo?

—No...

—Y en cambio, sí oyes ese «cling», ¿verdad?

Cling.

Felicity frunció el ceño,

—Prepararé algo para desayunar' —dijo, mosqueada.

—Esa es una buena idea —Einstein le palmeó una cadera—. Mientras tanto, Carmichael y yo nos daremos un baño y nos afeitaremos... Es decir, me afeitaré yo: él decidió hace tiempo prescindir de ese trabajo.

—Yo creo —terminó por reír Felicity— que lo hace por vanidad: ¡él sabe que está muy interesante con esa barba blanca!

—No se le puede ocultar nada a las mujeres —se compungió cómicamente Carmichael.

Y los tres se echaron a reír.

Hacia las diez de la mañana, reanimados por el baño y un excelente desayuno, los tres volvieron al laboratorio. Comenzaron a sentarse frente a la consola..., y se quedaron inmóviles en ese gesto, mirando con expresión desorbitada el interior de la caja de plástico.

Las bolitas no estaban.

—¡Por todos los...! —jadeó Carmichael, irguiéndose.

—Pe... pero... —comenzó a tartamudear Felicity.

—Espero, profesor —miró Marlowe a Carmichael—, que esto no pase de ser una broma.

—¿Qué quiere decir? —gruñó Carmichael.

—Bueno, todos hemos estado yendo de un lado a otro de la casa durante un par de horas, ¿no?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que...

—Einstein —murmuró Felicity—; ten cuidado con lo que le dices al

profesor, querido.

La irritación se reflejó claramente en el rostro barbudo de Carmichael.

—¿Iba a decir que yo he venido aquí solo y he *robado* los fetos? —masculló.

Einstein, que también se había erguido, metió las manos en los bolsillos de su pantalón, con aquel gesto de determinación que le era característico. Mientras lo hacía, abría la boca para replicar... Y así se quedó, con la boca abierta. Sólo estuvo así tres o cuatro segundos. Luego, sonriendo ceñudamente, sacó las manos de los bolsillos, y extendió la derecha, con la palma hacia arriba.

—Al parecer, yo soy el ladrón —dijo, divertido.

Su esposa y Carmichael se quedaron mirando las bolitas, en la palma de su mano. Hubo cambios, de miradas. Miradas entre seres inteligentes, bien dotados, de modo que era inevitable que llegasen a una misma conclusiónˆ que Carmichael expuso en seguida:

—Al parecer, profesor Marlowe, los fetos sienten una decidida predilección por usted. Se ha bañado usted, se ha puesto otra ropa..., y ellos se han apresurado a volver a su bolsillo. Caramba, ¡a eso le llamo yo fidelidad !

—Sí —admitió Einstein—. La pregunta es: ¿cómo han salido de la zona de investigación, de dentro de la caja hermética? Porque podemos admitir que en su alvéolo de la nave dispongan de una salida que nosotros no detectamos, pero de ahí dentro, lo sabemos muy bien, no se puede salir sin desconectar la caja y luego alzar la tapa... Me preguntó si los fetos han podido hacer eso.

—Bueno —dijo Felicity—, al menos seguimos oliendo' deliciosamente a rosas.

En realidad, los tres estaban impresionados, casi asustados. Tras unos segundos de indecisión, Einstein volvió a colocar las bolitas en la caja, para someterlas de nuevo al escrutinio de la computadora, asegurándose de que no quedaba ninguna en su bolsillo. Cerró la caja, y se quedó mirando el precioso destello blanco del montoncito de bolitas.

—Vamos, amiguitas —instó, con tono humorístico—: salid de ahí, os lo ruego.

Las bolitas se elevaron unos centímetros, quedaron flotando en el interior de la caja, y acto seguido, lenta y suavemente, sin dificultad alguna, atravesaron el impenetrable plástico, se elevaron más, y quedaron a un par de palmos del rostro de Einstein, 'ante sus ojos.

—Oh, Dios mío —gimió Felicity.

Carmichael no acertó a reaccionar en modo alguno El olor a rosas era de una fragancia increíble.

—Esta es una hermosa mañana de primavera —dijo Einstein—; ¿no sería delicioso escuchar el canto de alegres pajarillos?

Un dulcísimo cantar de pájaros comenzó a oírse en el laboratorio, y se extendió por toda la casa. Era la más bella melodía canora que jamás habían escuchado los tres. Felicity se dejó caer en su asiento. Carmichael estaba lívido, y parecía petrificado, fija su desorbitada mirada en las bolitas.

—Aunque bien mirado —dijo Einstein a continuación—, si hay algo que realmente me gusta es el rumor del mar.

Dejaron de oír los trinos de los pájaros, y por todo el laboratorio se extendió el rumor de un suave oleaje.

—Pero eso es en una playa —dijo Einstein—; preferiría el chocar de las olas contra las rocas de un acantilado. Me encanta.

El mar rugió embravecido contra las rocas. El laboratorio parecía estar colgado en la pared de un acantilado.

—Santo cielo... —jadeó Carmichael, sentándose—. ¡Nadie va a creer esto jamás, Marlowe!

—Pide algo, querida —sugirió Einstein a Felicity.

—¿Qué... qué? ¡Oh, no!

—Vamos, no seas antipática, mi amor. Pide algo.

—Bu... bueno, yo... yo... yoooo. . Me... me gustaría... escuchar el silbido del viento entre los árboles.

Continuó oyéndose el rugir del mar contra un acantilado. Einstein frunció el ceño, y se volvió hacia Carmichael.

—¿Profesor?

—Oh, yo... Bueno, no sé... De niño pasaba muchas horas escuchando el croar de las ranas; las cazaba, y las llevaba a casa, para meterlas conmigo en la bañera... Sí, me gustaría escuchar croar de ranas.

Continuó oyéndose el embravecido mar estrellando sus olas contra las rocas. Einstein movió la cabeza con un gesto entre la sorpresa y la duda.

—¿No queréis complacer a Felicity y al profesor? —preguntó amablemente-—. Vamos, sed amables, amiguitas.

El rugido del mar desapareció, siendo sustituido por el silbido del viento entre árboles. A continuación, comenzaron a oírse gran cantidad de ranas croando... Luego, volvió a oírse el rugir del mar.

—Gracias —dijo Einstein—; pero prefiero que volvamos al perfume de rosas.

El mar dejó de rugir. El laboratorio volvió a impregnarse de aroma de rosas. A Felicity casi se le salían los ojos de las órbitas. Carmichael sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente. El aroma de rosas era delicioso.

—Por... el amor de Dios... --Felicity alzó la mirada hacia su marido —, ¿qué significa esto, Einstein?

—Me temo que significa que las bolitas no quieren tratos con nadie más que conmigo, querida.

—Pero ¿por qué? —exclamó Carmichael. '

—Lo ignoro, por el momento. Pero voy a pedirles a ustedes dos un favor: déjenme solo en el laboratorio. Por favor.

—Eso no es muy amable ni generoso por tu parte —murmuró Felicity.

—Ya lo sé. Y lo siento. Pero tengo el presentimiento de que si no me quedo sólo podríamos pasarnos la vida entera aquí dentro sin sacar nada en claro.

—Posiblemente tiene razón —admitió Carmichael—. Salgamos de aquí, Felicity.

—Bueno, si realmente a usted no le disgusta que...

—Tonterías —gruñó Carmichael—; la ciencia es la ciencia. Salgamos.

Eran aproximadamente las diez y cuarto de la mañana. A las seis de la tarde, Felicity y Carmichael habían simpatizado extraordinariamente, y parecía que se conocían de toda la vida. Carmichael era un hombre inteligentísimo, y tenía un sentido del humor que tuvo a Felicity en continuas risas con sus anécdotas, especialmente las científicas. Era un pozo de sabiduría y experiencias de toda clase, y podía pasar de las risas de una anécdota graciosa a la más enrevesada explicación científica. Almorzaron, durmieron un par de horas, tomaron luego café y un poco de coñac... A las seis y cuarto, Felicity ya no pudo aguantar más.

—Voy a ver a Einstein —dijo, poniéndose en pie.

—Creo que no debe hacerlo —advirtió Carmichael.

—Puede haberse quedado dormido...

—Lo dudo. Y usted también. A propósito de este whisky: yo todavía recuerdo el whisky de Kentucky... Quiero decir el genuino, el que se hacía por procedimientos técnicos que hoy causarían risa.

—Pero seguro que era mejor que éste.

—Pues no —negó Carmichael—; la verdad es que no. Sería una estupidez inventar cosas peores que las que ya tenemos, ¿no le parece? Otra de las ventajas de este whisky es que es prácticamente imposible emborracharse con él. ¿Sabe lo que es una borrachera?

—No... No he tenido nunca ninguna.

—Pues no sabe lo que se ha perdido —rió Carmichael—. Cuando yo tenía nueve años, allá por mil novecientos cuarenta, le robé a mi padre una botella de whisky, y nos la bebimos con dos amigos míos. Primero resultó... emocionante; luego, divertido... ¡La de tonterías que llegamos a decir y hacer! Pero luego, fue espantoso. Recuerdo...

—Profesor; voy a ver a Einstein.

—A propósito del nombre de su marido: imagino que sabe usted que Einstein es un apellido, aunque ahora algunos lo adopten como nombre. ¿Sabe usted quién fue Albert Einstein, por supuesto?

—Creo que fue un científico bastante conocido, ¿no?

—¿Bastante conocido? —masculló Carmichael—. Bueno, sí... Pero hay que tener en cuenta su época. Claro, ahora el buen Einstein, Albert Einstein, quiero decir, ha quedado un poco... ingenuo, pero en su época...

Felicity se puso en pie.

—Voy a verlo —dijo firmemente.

Segundos después, se detenía ante la puerta del laboratorio, que estaba cerrada. Acercó el rostro a la madera.

—¿Einstein? —llamó suavemente—. ¿Querido? Silencio absoluto.

—¿Einstein? ¿No me oyes? ¡Einstein!

Silencio.

Felicity Marlowe asió la manilla de la puerta, la bajó, y empujó, entrando en el laboratorio.

CAPITULO IV

La primera sensación que tuvo fue visual, pero vaga. Era, simplemente, un blanco resplandor, parecido al de una cumbre nevada. Acto seguido, súbitamente, vio al primer ser.

Los ojos de Felicity se desorbitaron, su rostro se desencajó, de su boca crispada brotó un profundo gemido... y se desplomó desvanecida. El sordo impacto de su golpe contra el suelo debió ser captado por Carmichael, que apareció a los pocos segundos, apresurado. Vio a Felicity en el suelo, en el umbral del laboratorio, y corrió hacia ella, arrodillándose a su lado y tomándole una mano.

—¡Felicity, muchacha...! ¿Qué le ocurre? ¡Felic...!

Carmichael notó el resplandor de cumbre nevada. Quedó inmóvil, fija la mirada en el demudado rostro de Felicity. Luego, lentamente, fue alzando la cabeza y volviendo la mirada hacia el interior del laboratorio. El profesor Carmichael quedó como sin sangre, blanco no sólo su rostro, sino todo su cuerpo, al ver al ser que flotaba ante él. Vislumbró la presencia de muchos más seres, que, indudablemente, eran los que producían aquel blanco resplandor, pero su mirada quedó fija en el que tenía ante él. Por un instante, Carmichael sintió

un zumbido en la cabeza, y temió que él también fuese a desmayarse, pero su mayor solidez mental, su larga experiencia científica, le permitió mantenerse en estado de consciencia. Incapaz de reaccionar, pero consciente..., y absolutamente aterrado.

Aquel ser era la cosa más horrenda que Carmichael había visto en su vida, y un billón de veces más espantoso que cualquier cosa imaginable por el ser humano.

Parecía... un montón de nata en forma de hongo alargado, tenía el tamaño aproximado de un niño de cinco o seis años, y estaba suspendido a cosa de un metro del suelo, de modo que su nivel total era el de un hombre de estatura corriente. De la parte inferior pendían quizá un millar de delgadísimas patas o tentáculos; y en la parte superior, en lo que podría denominarse «cabeza», había seis largos tentáculos rojos al extremo de cada cual se movía una bola negra y reluciente, del tamaño de una pelota de tenis, como de cristal. Tanto los mil diminutos tentáculos inferiores, como los seis rojos superiores se movían continuamente, como en una ondulación permanente, sin fin.

Pero no era esto lo más horrendo, sino el «cuerpo» del ser, de hermosa blancura..., pero repleto de lo que parecían largos gusanos de un tono verde clarísimo, casi alcanzando el blanco. Gusanos sin principio ni fin, sin cola ni cabeza... ¿O quizá era un solo y larguísimo gusano que se curvaba una y otra vez sobre sí mismo dentro de aquel «cuerpo» que «latía» de un modo incesante, que estaba en perpetuo movimiento?

—Dios... mío... —alentó apenas Carmichael.

Por todas partes había seres como el que se mantenía flotando ante él. Todos idénticos, todos flotando, todos con seis largos tentáculos rojos con sendas bolas relucientes en el extremo... ¿Eran ojos aquellas bolas negras?

Temblándole las piernas, Carmichael consiguió incorporarse, y su mirada, despavorida, recorrió velozmente el laboratorio: Einstein Marlowe no estaba allí. Ni estaban las bolitas, en la caja de la computadora... ¡Las bolitas blancas! Sí, seguramente habían habido en la caja de la computadora tantas bolitas como seres horrendos había ahora en el laboratorio. Carmichael sentía que la cabeza le iba a estallar mientras iba comprendiendo ; las bolitas se habían desarrollado por fin; habían dejado de ser bolitas para convertirse en aquellos seres que flotaban en sobrecogedor silencio,

desarrollándose… ¿O habían llegado ya a su… estado adulto, definitivo? ¿En qué estadio de su evolución o crecimiento estaban?

Carmichael quiso hablar, pero de su garganta brotó sólo apenas un gañido tremolante. En realidad, quería llamar a Marlowe, pero no podía hacerlo…

—Estoy aquí, profesor Carmichael —dijo el ser que flotaba ante él—; soy yo, Einstein…, Einstein Marlowe.

Carmichael miró al horrendo ser. De pronto, notó un seco y fortísimo calambre en la mano izquierda; el calambre subió como un relámpago por el brazo, y descargó dolorosamente en el corazón de Carmichael, fulminándolo.

* * *

El regreso fue indoloro y súbito.

Simplemente, Carmichael abrió los ojos, y vio inclinado sobre él al apuesto Einstein Marlowe, que no le dio tiempo de decir nada.

—Tranquilo —le sonrió—; todo está bien.

Carmichael cerró los ojos…, y en su mente aparecieron las imágenes de aquellos seres…, la imagen nítida de aquel ser que le había dicho que era Einstein Marlowe. Prefirió abrir los ojos, los desorbitó más bien.

—Cálmese —insistió Einstein—: otro colapso podría ser fatal, profesor. ¿Cómo se siente?

Carmichael recordó el calambre en el brazo, el relámpago de dolor que le pareció como un hachazo en el corazón. ¿No había muerto? Entonces, ciertamente, en el siglo XXI habría que admitir la existencia de los milagros.

—¿No… estoy… muerto? —preguntó.

—¡Qué tontería! —rió Einstein—. Vamos, vamos, profesor, ya está usted bien, tengo esa certeza. ¿O quizá todavía le duele algo?

Carmichael negó. No, no le dolía absolutamente nada; se sentía


ahora... estupendamente. Sí, estupendamente, a decir verdad, más estupendamente que nunca...

—Apostaría cualquier cosa a que ignoraba usted que tenía una lesión en el corazón —dijo Einstein—. Pero quede tranquilo; ya se la hemos arreglado.

—Se la «hemos» arreglado... —Las palabras de Einstein quedaron como flotando en la mente de Carmichael—. Pues no, en efecto, no sabía que tenía una lesión en el corazón. Bueno, en ocasiones, cuando había trabajado demasiado había sentido... ¡Felicity! Al pensar en la dulce esposa de Marlowe intentó incorporarse, pero Einstein se lo impidió.

—Ella está bien, no se preocupe.

Los ojos de Carmichael quedaron fijos en los de Einstein.

—¿Sabe usted... mis pensamientos? —susurró.

—En su mayor parte —sonrió Einstein—. Es muy fácil.

Carmichael parpadeó. Junto al rostro de Einstein apareció el de Felicity, sonriente.

—¡Hola! —saludó la muchacha—. ¡Vaya susto nos dieron, profesor!

—Felicity, ¿está..., está usted bien...?

—Perfectamente, se lo aseguro. Y usted también. Vamos, vamos, profesor, reaccione. Ayúdame a sentarlo, Einstein.

—¿Por qué? —replicó Einstein—. Está perfectamente, así que puede hacerlo solo. ¿No es cierto, profesor?

Carmichael asintió, " se incorporó por fin, sin dificultad alguna..., pero mirando aterrado alrededor. Quedó, sentado en el sofá anatómico, en el salón de la casa. En las ventanas vio la oscuridad de la noche.

—¿Dónde están? —murmuró.

—En el laboratorio —casi rió Einstein—. Conseguí hacerles entender que su aspecto les resultaba... chocante a usted y a Felicity.

Carmichael miró casi irritado a Einstein.

—¿Y a usted no le resulta chocante? —gruñó.

—Bueno, un poco —admitió Einstein—, pero tenga en cuenta que yo estuve con ellos desde que eran simples fetos hasta que se convirtieron en adultos. O sea, que los he visto nacer —Einstein rió de nuevo—. Lo que significa que me he acostumbrado a ellos. Esto nos pasa a los terrestres incluso con nuestros seres más feos. ¿Nunca ha visto usted un niño muy feo, deforme, pero al que sus padres consideraban poco menos que un prototipo de belleza?

—Usted se está tomando a broma todo esto, ¿verdad? -—se irritó definitivamente Carmichael.

—Digamos que intento quitarle importancia al asunto. Vamos, Carmichael, los tres somos científicos, ¿no es así? ¿A qué viene ahora tanto asombro? Llevamos mucho tiempo buscando vida ajena a la de la Tierra. La. hemos encontrado. ¿Por qué demonios tendríamos que pretender que esos seres fuesen altos, rubios y guapos, como yo, o un barbudo malgeniado como usted?

Felicity se echó a reír, y Carmichael acabó por hacer lo mismo. Pero no quiso privarse del placer de fastidiar un poco a Einstein.

—Bajo ese punto de vista —expresó—, cabe la posibilidad de que usted se enamore de uno de esos seres, del género femenino, ¿eh?

—No tienen género —rió de buena gana Einstein—. No son ni machos ni hembras. Desconocen totalmente el sexo, por decirlo de algún modo.

—¿De veras? ¿Y cómo se reproducen?

—Simplemente, lo hacen. Ponen huevos.

—Como los peces y las aves.

Einstein asintió, pero añadiendo en seguida:

—Si los peces y las aves de la Tierra tuvieran la décima parte de la inteligencia de los oonooos, profesor, nosotros estaríamos a su servicio.

—¿Tan inteligentes son? —exclamó Carmichael—. ¿Y qué es eso de los oonooos?

—Ellos son oonooos —Einstein movió la cabeza—. Lo siento, pero

utilizando nuestro sistema de comunicaciones sólo puedo decírselo de este modo: oonooos.

—¿Y cuál es el- sistema de comunicación de ellos?

—Nosotros lo llamamos telepatía. Pero la telepatía que nosotros conocemos es algo así como los balbuceos de un niño comparados con la facilidad de expresión oral de un adulto.

—Sin embargo, el poder telepático de usted ha bastado para comunicarse con ellos.

—El mérito es de ellos, no mío. Y ha ocurrido algo sorprendente: mi poder telepático ha aumentado de un modo increíble. No tengo la menor dificultad en comunicarme con ellos..., y en cuanto a los pensamientos de usted los capto sin la menor dificultad.

—Pues estoy listo... —masculló Carmichael, dirigiéndole una torva mirada—. ¿Y el... ser que me habló? ¡Dijo que era usted!

—Era yo —asintió Einstein—, sólo que usted me vio como ellos quisieron que me viera. Su poder de sugestión es enorme e inmediato, incluso a distancia. Los oonooos...

Se oyó una nota musical. Einstein calló, se volvió hacia el videófono, y palideció. Carmichael le miraba inquieto mientras Felicity admitía la llamada. La imagen del coronel Prydenham apareció en la pantalla.

—Ah, está usted ahí, profesor Carmichael ’—dijo por todo saludo —. Bien, me alegro de encontrarles juntos. Ah, perdón, señora Marlowe: buenas noches. ¿Cómo está?

—Muy bien, coronel, gracias... —sonrió Felicity—. ¿De nuevo va a llevarse a mi marido unos cuantos días?

—No... No. Precisamente llamo para agradecerle los servicios prestados. Y aprovecho para hacer lo mismo con el profesor Carmichael, al que estaba intentando localizar...

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Carmichael, furioso—. ¿Qué significa eso de *servicios prestados?* ¡ Einstein y yo ni siquiera hemos empezado a trabajar para ustedes, coronel! ¡Y tengo que decirle algo que...!

—Profesor Carmichael, es inútil... —le interrumpió el coronel—. El

asunto ya ha sido resuelto por el Consejo de la Casa Blanca. Gracias a los dos por...

—¿Cómo que ha sido resuelto? —estalló Carmichael—. ¡No me haga reír, hombre! ¡Ustedes no tienen ni idea de lo que...!

—Eso es todo —cortó de nuevo Prydenham—. De nuevo gracias a los dos, y buenas noches. A sus pies, señora Marlowe.

La imagen de Prydenham desapareció de la pantalla, que se apagó.

—¡Cretino mamarracho...! —vociferó Carmichael—. ¡Todos son unos idiotas que... ¡Muchacho, ¿qué le pasa?

Se quedó mirando impresionado a Einstein, hacia el que corría ya Felicity, asustada.

—Einstein, ¿te encuentras bien? Querido, estás tan demudado... ¿Qué te ocurre?

—Venid —susurró Einstein—. ¡Y por lo que más queráis, no os asustéis al verlos! Os lo suplico: no volváis a asustaros de los oonooos veáis lo que veáis.

Se dirigió hacia el laboratorio, y Felicity y Carmichael, tras una mirada en la que se reflejaban todos sus temores, caminaron tras él. Einstein abrió la puerta del laboratorio, y, contra lo que su mujer y Carmichael esperaban, no vieron dentro el hermoso resplandor blanco, ni olieron a rosas... El laboratorio parecía la más negra y siniestra gruta del mundo, y el olor era fétido. En aquella negrura tenebrosa, distinguieron el resplandor de aquella especie de gusanos de leve verdor, y, flotando, las bolas que parecían de cristal negro, y que

Carmichael había supuesto que eran los ojos de los

oonooos..., cuyos «cuerpos» se divisaban como simples reflejos en la oscuridad.

—Por Dios... —jadeó Felicity.

—Están asustados —murmuró Einstein—. Profesor, ¿recuerda que las bolitas de la caja de la nave se tornaron negras cuando Lennington dijo de golpearlas, y sobre todo cuando golpeó? Fue porque se asustaron, se aterraron. No tienen ni la menor idea del uso de la violencia, no *saben* lo que es. Sólo conocen la vida.

—Pe... pero... ¿por qué están... asustados?

—Porque ellos, como yo, han leído en la mente del coronel Prydenham: quieren exterminarlos a todos. Esa es la decisión que han tomado en la Casa Blanca: remolcarán la nave al espacio exterior, con una bomba de hidrógeno dentro, y la harán estallar, para que los restos pulverizados de todo signo de vida se pierdan en el espacio.

—No pueden hacer eso... —tartamudeó Carmichael—. ¡No pueden hurtarle a la Ciencia esta posibilidad de

progreso!

—Esta es la diferencia entre usted y yo que los oonooos captaron en seguida, profesor —murmuró Einstein—... Usted *sólo* piensa en la ciencia... terrestre, naturalmente. Yo, cuando vi aquellas bolitas y pensé que podían ser seres que formaban parte de la vida, pensé que no sólo sería interesante y fuente de gloria científica para mí poder saber *qué* eran, sino que pensé, también, que sería hermoso encontrar en el Universo seres con los que poder comunicarse con amor... Ellos captaron este pensamiento mío, y delegaron a unos cuantos para que se pusieran en contacto conmigo a fin de agradecerme mi bondad y exponerme sus deseos al venir a la Tierra...

—¿Sabe usted eso? —casi aulló Carmichael.

—Sí. Salieron de la caja por el mismo procedimiento que utilizaron en nuestra computadora: simplemente, atravesaron la materia que los protegía. Sólo ellos pueden hacerlo: pueden salir, pero nada puede entrar en su nido de fecundación.

—¿Quieres decir —preguntó Felicity— que los oonooos de la caja de la nave pueden salir cuando quieran... y crecer con la misma rapidez que éstos, digamos... nacer ya?

—Sí. A eso han venido: a crecer y multiplicarse en la Tierra.

—¡Pero eso significa una horrorosa invasión! —jadeó Carmichael —. ¡Quedaríamos invadidos por estos seres horrendos que...!

—Se calló de pronto: no sólo porque Einstein le miraba hoscamente, sino porque la negrura del laboratorio producida por los oonooos se había intensificado más, cosa que habría parecido imposible, y el olor fétido aumentó de tal modo que Carmichael y Felicity no tuvieron más remedio que retroceder, protegiéndose la boca y la nariz con las manos.

—Profesor —dijo Einstein—, me está usted defraudando. Tengo la esperanza de que un hombre de su inteligencia sabrá reaccionar muy pronto del modo adecuado. Y ahora, permítanme un minuto.

Sin taparse la boca y la nariz, Einstein Marlowe entró en el laboratorio, cuya pestilencia era poco menos que mortal, podía provocar un colapso. Conteniendo la respiración, con los ojos llenos de lágrimas provocadas por el insoportable hedor, Carmichael y Felicity vieron a Einstein colocarse en el centro del laboratorio, y permanecer inmóvil.

El color negro comenzó a perder densidad e intensidad a los pocos segundos. Pasó al morado, al violeta, al rojo… Felicity retiró sus manos de la boca y la nariz. Ya no olía a podredumbre de muerte. El resplandor era ahora de un amarillo claro, que iba palideciendo más y más, hasta que, finalmente, todo volvió a ser blanco luminoso, aparecieron los oonooos tal como eran, y el olor fragante de las rosas regresó, magnífico, maravilloso… La luz alba era de una belleza deslumbrante.

Einstein salió del laboratorio, y miró sonriente a los estupefactos Carmichael y Felicity.

—He conseguido tranquilizarlos —dijo—. Confían en nosotros, así que no vamos a defraudarles.

—¿Qué les has dicho? —inquirió Felicity.

—Les he hecho comprender que los terrestres que han ordenado su exterminio no conocen sus intenciones, que no están facultados para comunicarse con ellos, y que creen que los oonooos han venido a la Tierra con intenciones de apoderarse de ella, de dominarla… ¿Sabéis qué me han contestado?

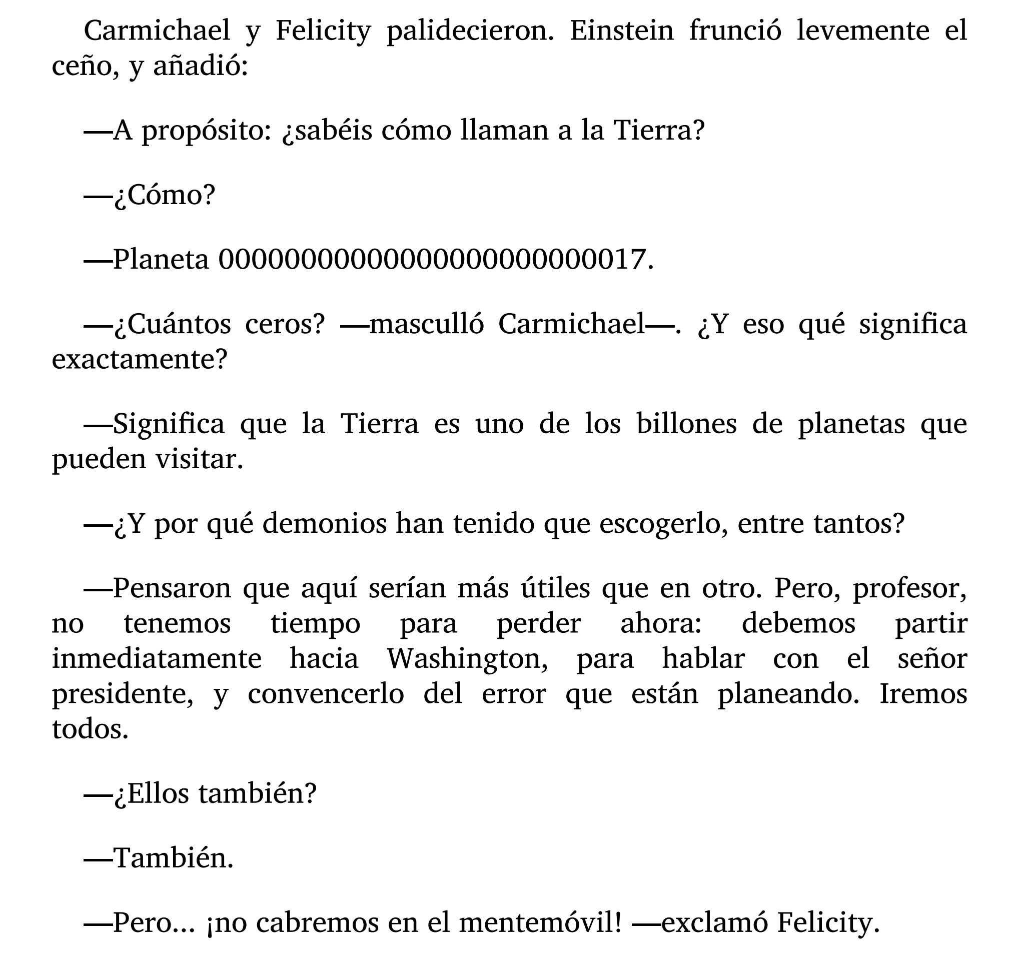
—¿Qué? —saltó Carmichael.

—No saben lo que es dominar. Sólo quieren vivir en paz y amor y asimilarse con nosotros.

—¿Asi… asimilarse con nosotros? —tartamudeó Felicity.

—¿Qué significaría eso? —exclamó Carmichael.

—Más o menos que podrían adquirir parte de nuestras facultades y traspasarnos algunas de las suyas.



Carmichael y Felicity palidecieron. Einstein frunció levemente el ceño, y añadió:

—A propósito: ¿sabéis cómo llaman a la Tierra?

—¿Cómo?

—Planeta 0000000000000000000000017.

—¿Cuántos ceros? —masculló Carmichael—. ¿Y eso qué significa exactamente?

—Significa que la Tierra es uno de los billones de planetas que pueden visitar.

—¿Y por qué demonios han tenido que escogerlo, entre tantos?

—Pensaron que aquí serían más útiles que en otro. Pero, profesor, no tenemos tiempo para perder ahora: debemos partir inmediatamente hacia Washington, para hablar con el señor presidente, y convencerlo del error que están planeando. Iremos todos.

—¿Ellos también?

—También.

—Pero... ¡no cabremos en el mentemóvil! —exclamó Felicity.

—Ellos no irán en el mentemóvil, no preocuparos.

—Entonces, ¿cómo irán? ¡Ni siquiera saben dónde está Washington!

—Simplemente, irán —rió Einstein—. Vamos, tenemos que salir inmediatamente. Iremos por la Autopista Nocturna.

Salieron de la casa, y poco después entraban en el garaje, donde los Marlowe tenían sus respectivos mente- móviles, propulsados por baterías solares. Einstein se colocó en el asiento de la izquierda, frente al cual no había volante, ni mando alguno, pero sí indicadores de velocidad e información sobre el terreno, densidad de circulación delante y detrás, y estado del tiempo. Del techo del mentemóvil, Einstein bajó el casco metálico, que se colocó en la cabeza. Pulsó el botón del encendido, e inmediatamente, por medio del casco, su mente envió las órdenes a todos los mecanismos del coche. El vehículo salió del garaje con marcha atrás, giró, y se deslizó en

silencio por el sendero, por entre las rosas todavía cerradas.

Poco después llegaban a la Autopista _ Nocturna, en cuya entrada, en una gran pantalla, se inscribía cada cinco minutos la información que enviaba la computadora de la autopista sobre todos los eventos que ocurrían en ésta: posible niebla., velocidad adecuada, localización de algún accidente, densidad de tráfico, el canal más adecuado para viajar a determinada velocidad... Einstein se había propuesto recorrer los cuatrocientos kilómetros en dos horas, así que eligió el Canal 5, donde estaba autorizada una velocidad superior a los doscientos por hora. Una vez en dicho canal, envió la orden mental al vehículo, que inmediatamente se puso a doscientos veintidós kilómetros por hora.

Con la mente ocupada en parte por la conducción del vehículo, Einstein ocupó sus manos en encender un cigarrillo, utilizando el encendedor eléctrico. Luego, miró el cigarrillo sintético, que emitía un humo de color anaranjado. ¿Cómo habrían sido los cigarrillos de tabaco? Para cuando él tuvo la ocurrencia absurda de comenzar a fumar, muchas de las grandes plantaciones de tabaco de Estados Unidos, y de otras partes del mundo, habían sido ya eliminadas para ocupar las tierras en producción agrícola. La población mundial estaba aumentando de un modo que ya había dejado de alarmar: la Tierra, finalmente esto había sido admitido, disponía de recursos ilimitados todavía para millones de años. Sólo había que tratarla bien, adecuadamente..., y cuantos más humanos vivieran en ella, más beneficios obtendrían los amos del planeta, los seres que, aunque adaptándose a nuevas ideas, seguían explotando a la Humanidad...

¿Era esto lo que temían en Washington? ¿Que los oonooos pudieran cambiar el sistema de cosas? Aunque quizá no de modo tan concreto. Simplemente, los amos estaban bien así, y no querían injerencias de nadie. Absolutamente de nadie.

El indicador advirtió a Einstein de que, un kilómetro delante de su mentemóvil, había otro vehículo en el Canal 5. Einstein envió la orden, y su mentemóvil pasó al Canal 6. Un instante más tarde pasaba junto a! vehículo que estaba cometiendo la infracción de circular a velocidad inferior a la establecida para el Canal 5... ¿Por qué siempre, siempre, siempre, por facilidades que diesen, había infractores en todo y para todo?

Una nueva orden mental regresó el vehículo al Canal 5, que parecía una llamarada deslizándose por la iluminada autopista. Cerca de Nueva York, el indicador de niebla comenzó a emitir su señal roja... Einstein ordenó el encendido de los faros antiniebla.

Tenía que convencer al presidente Moonlight dé que sólo podían esperar beneficios del contacto entre los terrestres y los oonooos... ¡Tenía que convencerlo!

CAPITULO V

Pese a que llegaron a la Casa Blanca alrededor de la una de la madrugada, el presidente Moonlight no los recibió hasta las nueve de la mañana. Y, cuando finalmente fueron llevados a su presencia, comprendieron bien pronto que su irritación era considerable.

Aaron Moonlight era, sin duda alguna, un buen presidente; había sido elegido por la Computadora de Elecciones entre los 32 candidatos de la última asamblea, y hasta la fecha había demostrado su gran discernimiento en Política y Humanidades. Sin embargo, aquella mañana, su talante no parecía precisamente amable. Aunque sí educado. Saludó cortésmente a los dos científicos y a Felicity, les invitó a sentarse ante la mesa de su despacho, y se quedó mirándolos con leve curiosidad. Einstein sabía que,, antes de recibirlos, Moonlight había recurrido a la Computadora Nacional y a la del Servicio Secreto para saber muy bien con quiénes iba a tratar. De modo que sobraba cualquier explicación sobre ellos tres.

Lo que se preguntó Einstein fue por qué Moonlight había instalado en su enorme despacho seis de sus agentes de protección directa; seis estatuas..., a menos que ocurriese algo que hiciera peligrar la integridad de Moonlight.

—Entiendo, profesor Marlowe —dijo Moonlight tras los saludos, y ya todos sentados—, que se ha erigido usted en portavoz de su pequeño grupo.

—Así es, señor. Y como tal, le agradezco que haya usted aceptado cumplir su deber de atender a tres ciudadanos que tienen algo importante que exponer.

—También tengo otros deberes, profesor Marlowe —dijo con leve tono irónico Moonlight—, pero, en fin, ahora estoy cumpliendo éste. ¿Cuál es el motivo base de esta entrevista?

—Venimos a rogarle que no aniquilen a los oonooos, señor.

—¿A quiénes?

—A los seres que están en su nido en la nave extraterrestre.

—Seres que están en su nido en... Mire, profesor Marlowe, hubo una reunión aquí, y la decisión fue unánime: no podemos correr riesgos con respecto a peligros desconocidos para el país y el planeta. Y como no sabemos qué clase de... seres o virus puede contener esa nave que...

—Nosotros sí lo sabemos, señor —exclamó Felicity.

Moonlight la miró con expresión de simpatía.

—Vaya... Su bella esposa parece disponer de datos sorprendentes, profesor Marlowe.

—Bueno —se sonrojó Felicity—, no soy yo quien sabe todo o casi todo acerca de los oonooos, señor, sino Einstein.

—¡Ah! Muy interesante. Y ahora que pienso, profesor: ¿de dónde ha obtenido usted la información de lo que se ha decidido hacer con esos... seres, los... los...?

—Oonooos, señor. La información la obtuve de la mente del coronel Prydenham.

-—Ca. ¿De veras? Muy bien, si usted posee esa información, estará también al corriente de que la decisión fue definitiva, así que no entiendo por qué pierde usted su tiempo viniendo aquí. Según mis informes, es usted un científico tenaz y muy estudioso, profesor Marlowe. ¿Considera rentable, científicamente, perder el tiempo?

—No estoy perdiendo el tiempo, señor... —gruñó Einstein—. No lo habré perdido a menos que usted se niegue a escucharme durante unos pocos minutos.

Moonlight frunció un instante el ceño. Luego, asintió con un gesto, murmurando:

—Adelante, profesor. Tiene diez minutos.

—No sé de dónde vienen los oonooos, señor, porque si bien ellos han intentado explicármelo, nosotros desconocemos la parte del universo de la cual proceden. Sólo he podido comprender que están en un plano diferente al nuestro, y que pertenecen a una oleada de vida en el espacio muy anterior a nosotros...

—Profesor Marlowe, ¿está usted hablando… *en serio*?

—Por supuesto, señor.

—Bien… Prosiga, por favor.

—La nave que ha llegado a la Tierra no es la única que partió de su lugar de origen. Hay muchísimas en todo el universo. Los oonooos se reproducen por sí mismos con gran facilidad y fecundidad, así que continuamente están llevando a cabo grandes emigraciones. Los fetos son colocados en nidos adecuados, y lanzados a distintos destinos. Al llegar a su destino, salen por sí mismos del nido, y rápidamente alcanzan el estado de adultos. En todas partes, su presencia resulta beneficiosa en todos los aspectos. Son de naturaleza etérea, de modo que no ocupan lugar ni consumen alimentos salvo aire. Bien, una de las naves fue programada para venir a la Tierra, a una velocidad desconocida por nosotros. Al llegar a determinada altura sobre el planeta, la velocidad fue reducida muchísimo, siempre automáticamente, y es por eso que la nave sólo pudo ser detectada de súbito en nuestro espacio cercano…

Einstein estuvo hablando durante nueve minutos y pico. Cuando terminó, Moonlight lo estaba mirando fijamente, y no habló hasta que se hubo cumplido el décimo minuto.

—¿Algo más, profesor Marlowe?

—¿Más? ¡Claro que no, señor! Sólo esperamos su respuesta.

—¿Mi respuesta? La tenían antes de venir aquí… Espere un momento, ahora estoy hablando yo. Usted mismo ha dicho que los oonooos han venido a quedarse en la Tierra. ¿Cierto?

—Sí… Sí, señor, en efecto.

—¿De qué otro modo sino *invasión* llamaría usted a eso?

—Pero, señor…

—Profesor Marlowe, dentro de la primera mitad de este siglo XXI la población mundial alcanzará, según lo previsto por las estadísticas de población, los diez mil millones de seres. ¿Cree usted que el planeta Tierra está en condiciones presentes o futuras de admitir seres extraterrestres que se reproducen *con gran facilidad y fecundidad?*

—Pero ellos no ocupan espacio… ¡Y sólo consumen aire!

—Bueno —movió la cabeza Moonlight—, llegará un momento en que en la Tierra escaseará incluso el aire, profesor Marlowe.

—Eso no es posible —gruñó Marlowe—. Las investigaciones...

—Profesor Marlowe —el tono de Moonlight ya era seco—, no pienso discutir con usted una decisión que se tomó a nivel superior incluso al de la Casa Blanca, habida cuenta de las consultas a otros gobiernos. Pero todavía le voy a decir más: yo creo, personalmente, que usted está fantaseando de un modo... dislocado. Incluso pienso que, por razones científicas, usted, su esposa y el profesor Carmichael se han puesto de acuerdo para conseguir retener para su estudio esa nave y sus... ocupantes. Lamento no poder facilitarles...

—¿Usted cree que he mentido, señor?

—Francamente, sí, profesor Marlowe; eso pienso.

—¿Aceptaría usted reconsiderar esa orden de destrucción si yo le mostrase algunos oonooos?

—No hay nada que reconsiderar, puesto que entiendo que son cientos de millones los huevecillos que hay en aquella caja. Demasiados, profesor. Ahora bien —sonrió el presidente—, sería muy interesante ver a esos seres, por supuesto.

—Puedo traerlos a su presencia, señor. Y ahora mismo, sin hacerle perder más tiempo. ¿Lo desea realmente?

—Vamos, profesor...

—¿Lo desea?

—Naturalmente. Pero... _

—Estarán aquí en seguida.

Carmichael y Felicity cambiaron una mirada no poco sobresaltada, pero se dispusieron a aceptar lo que ocurriese. Einstein cerró los ojos, y quedó inmóvil. Moonlight y la media docena de agentes de su servicio de seguridad personal contemplaban a Einstein con el ceño fruncido, un tanto inquietos... y levemente irritado el Presidente.

Einstein abrió los ojos.

—Aquí los tiene, señor.

Los oonooos aparecieron de súbito en el despacho. El presidente lanzó un fortísimo respingo, y palideció, al borde del infarto. Uno de los agentes lanzó un gemido, y se desplomó, con los ojos en blanco, el rostro crispado en una mueca de espanto. Los otros cinco retrocedieron, como queriendo salir del despacho a través de las paredes... El blanco resplandor inundaba el despacho, mezclándose como nívea leche a la luz del sol.

—Di...os... mí...ooo... —jadeó Moonlight, temblando la barbilla.

—Por favor, no se asusten... —pidió en vano Einstein—, Son no ya inofensivos, sino bondadosos. Sólo buscan espacio para vivir en armonía y felicidad. Desean encontrar nuevas formas de vida, y unirse a ellas, fundirse con...

—¡Matadlos! —jadeó de pronto Moonlight, al borde de la histeria —. ¡Matadlos, pronto...!

El blanco resplandor desapareció súbitamente, la más negra oscuridad ocupó de pronto todo el despacho.

—¡No diga eso, los está asustando! —gritó Einstein—. ¡Por Io que más quieran, no hagan. .!

En el tenebroso ambiente relució de pronto algo parecido a un relámpago, y en un punto hubo como una brevísima combustión de gases. Einstein recibió mentalmente, en el acto, la información de que uno de los oonooos acababa de ser combustionado por el disparo eléctrico de uno de los agentes.

—¡Noooo...! —aulló!. ¡Malditos sean, no hagan eso, no lo hagan, criminales...!

Hubo otra llamarada eléctrica, y otro oonooo se combustionó. Era como... encender cerillas que brillaban un instante y desaparecían. La oscuridad era total, horripilante... De pronto, regresó la luz. No la luz blanca y hermosa de los oonooos, sino la luz natural del sol, procedente del exterior. Felicity y Carmichael permanecían en sus asientos, encogidos, ocultando, el rostro con las manos. Moonlight estaba protegido tras su mesa de despacho. Los cinco agentes de seguridad parecían adheridos a las paredes, desorbitados los ojos, empuñando sus armas.

No había nadie más;.., no había *nada* más en el despacho; los oonooos se habían marchado, aterrados. Aunque quizá no tan aterrados como Einstein, cuya mirada fue hacia los agentes.

—Son ustedes... Son ustedes unos criminales —jadeó—. ¡Malditos criminales...!

Echó a correr hacia la puerta del despacho. No tenía ni idea, en aquel momento de ofuscación mental, del lugar al que los oonooos, simplemente, habían trasladado sus materias, pero quería encontrarlos, darles explicaciones...

—¡ Profesor Marlowe! —chilló Moonlight—. ¡Vuelva aquí, está usted detenido!

—¡Criminal! —le gritó Einstein, sin dejar de correr hacia la puerta.

—¡Deténganlo! —aulló el presidente. ¡Que no salga de aquí!

Uno de los agentes se adelantó un par de pasos hacia Einstein, tendidas las manos hacia él. Einstein lo asió precisamente por las manos, lo hizo girar, y lo volteó limpiamente contra la pared, haciendo retemblar ésta con el fuerte impacto. Otro agente, en vista de los eficacísimos conocimientos de lucha del científico, no quiso correr riesgo alguno, y le apuntó con la pistola eléctrica...

El relámpago azulado salió, describiendo una vibrante línea quebrada y tensa, y pasó por encima de Einstein, que se había dejado caer al suelo. Rodó hacia el agente, giró, y disparó un pie, acertando al hombre de lleno en los testículos; el hombre lanzó un berrido, soltó la pistola, y cayó hacia delante, con las manos en el lugar golpeado, lívido el rostro. La diestra de Einstein empuñó la pistola, apuntó a otro agente que se disponía a disparar contra él, y apretó el gatillo.

El rayo alcanzó al agente en el centro del pecho, y lo lanzó como si fuese una pluma contra otro de los agentes. Einstein se puso en pie de un salto, corrió hacia la puerta, la abrió, y salió del despacho presidencial, seguido por los gritos de Moonlight. Dos hombres aparecieron en un pasillo, Einstein los apuntó, y disparó. El rayo vibrante alcanzó a uno, lo derribó, y en seguida pasó el otro, derribándolo también.

Einstein sabía que no estaba matando a nadie. Las descargas eran insuficiente para eso..., pero no lo habían sido para los oonooos, que habían sido combustionados; lo habrían sido por pequeña que fuese la carga eléctrica de las pistolas, sólo necesitaban recibir una chispa y...

—¿Dónde estáis? —llamó mentalmente—. ¡Venid!

Dos oonooos aparecieron súbitamente en el pasillo, pero no

mostrando su hermosa blancura, sino todavía reluciendo con una negrura espantosa... Casi al mismo tiempo, tres o cuatro hombres aparecían corriendo por el otro extremo del pasillo, armas en mano. Por supuesto, Moonlight había dado la alarma en toda la Casa Blanca..., Io que significaba que nadie podría salir de ella. Nadie.

¿Nadie?

—¡Detengan al profesor Marlowe! —se oía ahora la voz del presidente—. ¡Deténganlo inmediatamente!

Los hombres que llegaban por el pasillo se detuvieron, chocando unos contra otros, descontrolados completamente por el espanto al ver aquella oscuridad flotante. Einstein comprendió que le habían visto, pero no como al profesor Marlowe, sino como un oonooo; es decir, que los oonooos habían creado la sugestión colectiva de que él era uno de ellos, debía estar también convertido en una masa oscura.

Cuando echó a correr en busca de la salida, los dos oonooos se desplazaron junto a él, manteniéndolo entre ambos. Era como si una negra nube estuviese desplazándose por la Casa Blanca: Por todos lados se oían gritos de horror, carreras de pies, chillidos histéricos, voces dando órdenes... El pánico se convirtió en paroxismo cuando, de pronto, toda la Casa Blanca quedó en la más completa oscuridad y como sumergida en el más pestilente hedor jamás percibido por nadie.

Einstein seguía corriendo, sin dejar de pensar en que si alguien tenía realmente miedo allí eran los oonooos; pese a lo cual, le estaban demostrando su fidelidad acudiendo todos en su ayuda. Jamás habría podido salir de la Casa Blanca sin ellos, sin aquella oscuridad que impedía que fuese visto, sin aquella fetidez que a él no le afectaba, pero que estaba ocasionando desvanecimientos en un radio de más de quinientos metros, ahora.

Cuando salió de la Casa Blanca, Einstein captó el caos que se había originado en Pennsylvania Avenue, dando lugar a más desvanecimientos y accidentes de toda clase. Miles de personas corrían despavoridas alejándose de la Casa Blanca.

—¡Marchaos! —pidió Einstein—. ¡Estáis provocando dolor y muchos daños! ¡Ya puedo escapar sin vuestra ayuda!

La oscuridad desapareció súbitamente. Segundos después, Einstein saltaba a su mentemóvil y se colocaba el casco de conducción mental. El coche salió disparado, alejándose de la Casa Blanca. Pero no pudo

recorrer más de un kilómetro sin que comenzasen a aparecer coches policiales por todas partes. Sin saber siquiera dónde estaba, Marlowe abandonó su mentemóvil y siguió escapando a pie, utilizando sus prodigiosas facultades atléticas. Se oían sirenas, órdenes por los megáfonos policiales, gritos por todas partes.

Pero Einstein Marlowe *sabía* que conseguiría escapar.

Aunque la pregunta surgió en su mente, inconteniblemente: ¿Para qué? ¿Qué esperaba conseguir?

Poco después del mediodía, conseguía salir de Washington, a pie, hacia ©1 norte.

Sabía adónde debía dirigirse: a la península Lower, donde debía estar preparándose la masacre de millones de seres vivos... Una vida diferente a la de la Tierra, pero... vida indiscutible.

Hacia las tres de la tarde, consiguió robar un mentemóvil, lo que le hizo perder unos minutos, pues tuvo que sincronizar el casco de conducción a sus ondas mentales, diferentes a las de su propietario. Al oscurecer abandonó el mentemóvil cerca de la ciudad de Columbus, Ohio. Ya no podía seguir utilizándolo más tiempo. Hasta entonces había conseguido escapar de los sucesivos acosos de las Patrullas de Caminos, utilizando caminos y carreteras de tercer orden, viajando como si estuviese dentro de una telaraña de caminos, yendo ahora en una dirección, ahora en otra. Pero sabía que el coche había sido identificado, y que si continuaba utilizándolo acabarían por capturarlo pronto.

Una motocicleta estacionada frente a un parador, resolvió su problema por unos cuantos kilómetros más. La abandonó en Fort Wayne, Indiana. Y poco después conseguía ser recogido por un camión que transportaba piezas de radio. El conductor era un hombretón sonriente y locuaz, que le miró con cierta sorpresa. Casi nadie hacía lo que se había llamado auto-stop.

—¿Qué le parece? —dijo poco después de recogerlo—. ¡Tenemos a los marcianos en casa, por fin!

Einstein lo miró de reojo. Comprendió que el hombre no había visto la televisión en todo el día, pues de otro modo le habría identificado como el hombre cuya imagen, sin duda, estaba siendo difundida por las pantallas de todo el país.

—Quizá resulte divertido —contestó, por decir algo.

—¿Divertido? ¡Es graciosísimo! ¡Y dicen que han llegado por centenares de millones, para invadir la Tierra! ¿Qué le parece esto?

—Seguramente son fantasías.

—¡Nada de fantasías! Pero, hombre, ¿no oye usted la radio? Personal especializado de la Fuerza Espacial está ahora en la península Lower, esperando la bomba que van a colocar en esa nave llamada... llamada...

—*Súbita* —murmuró Einstein, pálido.

—¡Eso es! *¡Súbita!* ¡Cáscaras, las historias que han contado por la radio, amigo! Nubes negras, olor de muerte... ¡Y uno de esos tres científicos chiflados ha escapado!

—Sí... ¿Y los otros dos?

—Por lo que he entendido están detenidos, y serán juzgados por sabotaje y alta traición. Lo que significa que serán condenados a cadena perpetua, claro está. ¡Y eso porque hace tiempo que fue definitivamente abolida la pena de muerte, claro!

Einstein aspiró profundamente. Estaba agotado... Pensó en Carmichael y, sobre todo, en Felicity, con angustia. ¡Ojalá pudiese hacer algo por ellos, ojalá estuviesen con él en aquel momento...!

En aquel mismo instante, a la derecha de la carretera, Einstein vio el blanco resplandor, entre unos árboles.

—¡Pare! —exclamó—. ¡Pare!

El conductor le miró sorprendido, y comenzó a accionar el freno eléctrico del enorme vehículo. Al mismo tiempo, veía lo mismo que había visto Einstein. En su rostro apareció una expresión de estupor.

—Pero... ¿qué es eso.'- —gritó.

—Gracias por llevarme —dijo Einstein, disponiéndose a saltar del camión.

—¡Espere, hombre! —le agarró el otro por un brazo—. ¿No está viendo eso? ¡ En mi vida he visto nada igual! ¡Será mejor que se quede en el camión, mientras llamo por la radio a la patrulla!

Einstein miró al hombre, movió la cabeza con gesto de pesar, y murmuró:

—Lo lamento de veras.

—¿Qué...?

¡Crack!, crujió la mandíbula del hombre, al recibir el tremendo impacto del puño de Einstein. Un impacto que lo *lanzó* contra la portezuela de costado; al rebote ya estaba sin sentido. Einstein saltó del camión, lo rodeó, y abrió la portezuela del conductor, al que se cargó en un hombro, dirigiéndose acto seguido a toda prisa adonde había visto el blanco resplandor.

Tal como había comprendido, allí no sólo estaban los oonooos, sino que, para su sorpresa, encontró también a Carmichael y Felicity. -Abrazó a ésta, rodeados ambos de la resplandeciente luz, y la besó en la boca. A su alrededor, los oonooos flotaban en la oscuridad que ellos convertían en dulce luz alba.

—Pero... ¿cómo es posible que estéis aquí? —pudo exclamar por fin Einstein—. ¡ Precisamente_ acabo de saber que os habían detenido, y que iban a juzgaros... !

—Los oonooos nos sacaron de la Casa Blanca... —dijo Felicity, sonriendo—. Pero no nos preguntes cómo, querido: no tenemos la menor idea. ¿Verdad, profesor?

—Verdad —asintió Carmichael—. Estábamos prisioneros, eso es cierto, pero de pronto, nos encontramos lejos de allí..., y aquí estamos. De veras, Marlowe, no sabemos nada más.

—Bueno, sea como sea, estáis aquí... —aceptó Einstein—. ¡Entre los tres tenemos que salvar la *Súbita,* sea como sea!

—He estado pensando en ello... —asintió Carmichael—. Y sólo se me ocurre un modo: dispararla de nuevo al espacio.

—¡Dispararla! —exclamó Einstein—. ¡No tenemos la menor idea de cómo hacerlo, Carmichael! Nosotros no sólo no somos técnicos aeronáuticos, sino que seguramente la computadora de navegación espacial de la *Súbita* debe estar muy lejos de nuestros modelos... ¡No sé cómo podríamos conseguir eso !

—Pues habrá que hacerlo... —dijo Carmichael—. De lo contrario, mucho me temo que el planeta Tierra va a llevarse un susto mayúsculo.

CAPITULO VI

—¿Qué quiere decir? —se sobresaltó Einstein.

—Por el momento, veinte naves espaciales de los oonooos están viajando por el espacio a su tope de velocidad para llegar a la Tierra cuanto antes. Son naves de un tamaño... descomunal, muchacho. La más pequeña, es cinco veces más grande que un estadio... Y considerando la mentalidad de los terrestres, se van a considerar en peligro total.

Einstein parpadeó.

—¿Cómo sabe usted eso? —susurró.

—¡Vaya pregunta...! Me lo han «dicho» ellos, naturalmente.

—¿Han conseguido comunicarse también con usted?

—Es evidente. Pero será mejor que se entienda usted con ellos, como hasta ahora.

Einstein, todavía abrazando a Felicity por la cintura, miró a uno de. los oonooos, el que estaba más cerca. La horripilante criatura flotaba ante él, visible en todo su horrendo aspecto, como rodeada de luz. Los rojos tentáculos de la parte alta se movían sin cesar, como desplazando cada bola negra que podían ser ojos en busca de cualquier peligro.

Einstein envió su pregunta mentalmente:

«—¿Es cierto? ¿Vienen vuestras naves espaciales?

—Es cierto; vienen.

·—¿Con qué intenciones?

—Vienen a impedir que los nuestros sufran daño alguno.

—Pero... vosotros desconocéis la violencia... ¿Cómo podéis, pues, enfrentaros a las armas de la Tierra?

—Nuestros mayores harán lo que sea necesario para evitarnos todo mal.

—Me parece lógico... Y no puedo reprocharos nada en ese sentido. Es lo que haríamos nosotros. ¿Cuántos oonooos vienen en esas naves?

—Quinientos millones... en cada nave.

—¿Diez mil millones de oonooos, entonces, en total?

—Sí.

—Lo que significa... que podéis invadir la Tierra, pese a todos los esfuerzos en contra por parte de los terrestres.

—Podemos hacerlo perfectamente. No nosotros, los de la nave que llegó aquí, pues somos todavía criaturas indefensas, pero sí pueden hacerlo nuestros mayores sin ninguna dificultad... Estamos recibiendo continuamente mensajes de ellos, y sabemos que se están acercando. En realidad, en ningún' momento hemos dejado de estar en contacto.

—¿Por medio de ese sonido, ese... «cling» que nosotros oímos?

—Sí. Mientras nuestros mayores estén recibiendo ese mensaje, sabrán que seguimos con vida y cumpliendo nuestro desarrollo normal. En cuanto dejen de recibirlo, comprenderán que hemos sido eliminados.

—¿Y entonces...?

—Si los oonooos de la nave que fue enviada a la Tierra son eliminados, el planeta Tierra recibirá el castigo que merece.

—¿Qué castigo?

—El que resulte más atroz para vosotros.

—¿La muerte?

—Más atroz.

—¿Cuál castigo?

-—El más atroz.»

Einstein Marlowe se pasó una mano por la frente. El más atroz, más que la muerte... ¿Cuál podía ser ese castigo? Como fuese, lo cierto era que quizá los oonooos de las naves de protección que se estaban acercando no fuesen tan timoratos como los que tenía ante él. ¡Diez mil millones de oonooos, en veinte naves la más pequeña de las cuales era cinco veces más grande que un estadio! Einstein tenía la seguridad de que los oonooos no le mentían, que desconocían la violencia. Pero podían aprender... ¡Buena cosa habrían aprendido en

el planeta Tierra!

«—No —le llegó la comunicación—; no llevamos la violencia nunca, profesor Marlowe. Hay otros sistemas de tratar adecuadamente a seres como los de este planeta, y eso es lo que seguramente harán nuestros mayores…, a menos que consigamos programar nuestra nave y lanzarla al espacio1 para ponernos a salvo de vuestros sistemas de destrucción. Tú tienes que ayudarnos en eso, profesor Marlowe.

—No podré acceder al interior de la nave. Pero vosotros sí podríais, ya que podéis proyectar vuestra materia donde lo deseéis en cualquier momento.

ˆ—Nosotros, los que ya hemos nacido, sí. Pero sí entrásemos en la nave y consiguiésemos ponerla en funcionamiento, sabemos que sería destruida inmediatamente. No tendríamos tiempo de ponernos a salvo con nuestros hermanos nonatos. Tenemos que conseguir el permiso para partir en paz.

—O sea, que tengo que convencerlos de que me permitan entrar en la nave, programar la computadora o ayudaros a hacerlo, e impedir cualquier actitud agresiva hacia ella.

—Sí. Y pronto, porque si llegan nuestros mayores y no estamos a salvo…»

La comunicación mental terminó aquí, pero Einstein la comprendió perfectamente; no era una’ velada amenaza al estilo de los terrestres: era una información sobre posibles desastres.

Carmichael y Felicity se dieron cuenta de la preocupación de Einstein.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Felicity.

—Tenemos que programar su computadora de vuelo para que puedan marchar sanos y salvos. Si no lo conseguimos antes que lleguen sus naves, temo que las cosas van a complicarse mucho.

—Para nosotros, claro —murmuró Carmichael—: para los terrestres.

—Desde luego.

—Bueno —dijo Felicity—, estoy segura de que se te ocurrirá alguna

idea, Einstein.

—Espero que así sea, querida, porque de lo contrario, los terrestres sufriremos el más atroz de los castigos.

—¿Qué castigo?

—No me lo han comunicado. Pero dicen que será peor qué la muerte.

—¿Peor que la muerte? —reflexionó Carmichael—. Me pregunto qué puede ser peor que la muerte, muchacho. La muerte significa la extinción total, dejar de «ser»... ¿Qué puede haber peor que eso? Porque si lo hay, ciertamente debe ser atroz.

Einstein asintió. En el suelo, el conductor del camión comenzó a agitarse y suspirar. En el acto, los oonooos que flotaban alrededor de ellos comenzaron a adquirir una tonalidad oscura.

«—No temáis —comunicó Einstein—, no podrá haceros nada. Y de todos modos, por el momento no os necesito. Espero encontraros en la nave.»

En el acto, los oonooos desaparecieron..., ante la aterrada mirada del conductor del camión, que se había recobrado totalmente. Einstein se inclinó sobre él.

—Le diré una cosa, amigo; será mejor que se quede usted quieto aquí, y no busque complicaciones. ¿Me comprende?

El hombre sólo pudo hacer que asentir con la cabeza. Estaba aterrado.

—De acuerdo. Nos vamos a llevar su camión, pero lo recuperará.- Siento causarle este trastorno.

El hombre tragó saliva. Eso fue todo. Einstein hizo una seña a su esposa y a Carmichael, y los tres se dirigieron hacia el camión, de cuyos mandos, convencionales, se ocupó Einstein. Segundos después se alejaban de allí, en dirección a la península Lower. Felicity iba en el centro del largo asiento, entre Einstein y Carmichael: Este señaló la radio del vehículo.

—Deberíamos interesamos por cómo está la situación, ¿no?

—Sabemos cómo está la situación... —murmuró Einstein—. Y

prefiero dedicarme a pensar. Se me está ocurriendo algo que... Voy a pensarlo un poco mejor: quizá dé resultado.

Estuvieron circulando cuatro o cinco minutos más antes de que Einstein se reafirmase en su idea inicial. Asintiendo como dándose la razón a sí mismo, abrió el canal de la radio que comunicaba con la Patrulla de Caminos.

—Les está llamando el profesor Einstein Marlowe desde un vehículo en ruta. ¿Me oyen?

—Adelante, profesor Marlowe —sonó una excitada voz.

—Quiero que comuniquen a las autoridades el siguiente mensaje. ¿Están listos para grabarlo?

—Cuando usted quiera.

—-Este es el mensaje: veinte naves espaciales de los seres que llegaron a la península Lower están acercándose a la Tierra. Cada una de esas naves, de enorme tamaño, transporta quinientos millones de seres, a los que llamamos oonooos según su propia expresión. El total de oonooos que se acercan a la Tierra, es, pues, de diez mil millones. Cada una de sus naves es más grande que cinco estadios, y cabe suponer que su poderío estará en consonancia Con ese tamaño. Ahora bien, los oonooos, que son seres absolutamente pacíficos, sólo desean que les permitamos programar su nave para alejarse de la Tierra. Si lo hacemos así, nada sucederá. Si no lo hacemos, la información que tengo es de que todos los habitantes de la Tierra sufriremos un castigo peor que la muerte... ¿Mensaje recibido?

—Recibido y grabado —jadeó una voz-—. Pero, profesor Marlowe..., ¿usted está hablando en serio?

—Comuniquen el mensaje inmediatamente, y exijan que sea puesto en conocimiento del coronel Prydenham con prioridad absoluta. Y adviertan al coronel de que estamos viajando a su encuentro. Rogamos paso libre hasta él.

—¿Quiénes están viajando al encuentro del coronel?

—El profesor Carmichael, mi esposa y yo.

—Pero... las noticias indican que su esposa y el profesor Carmichael están encarcelados, profesor Marlowe.

—Bueno —sonrió secamente Einstein—, yo no tengo nada más que decir, amigo. Ahora, usted cumpla su parte. *Okay?*

—*Okay*... Cuente con ello.

Einstein cortó la comunicación, y miró un instante a Felicity y Carmichael.

—Al parecer, han decidido silenciar vuestra... inexplicable fuga, para no alamar a la gente.

—Ciertamente —asintió Carmichael—, se verían bastante apurados para explicar cómo pudimos desaparecer de allí. Einstein..., ¿cree haber hecho bien avisando a Prydenham de nuestra llegada?

—Tengo una pistola eléctrica, profesor, pero eso no nos serviría de nada frente a las fuerzas que deben estar vigilando la nave de los oonooos. Jamás conseguiríamos llegar a ella sin la ayuda del coronel.

—¿Crees que él va a ayudarnos? —se sorprendió Felicity.

Para sorpresa de su esposa y de Carmichael, Einstein lanzó una carcajada, antes de exclamar:

—¡ Lo va a hacer sin la menor duda, querida! ¡Ya lo creo que el coronel Prydenham va a ayudar a los oonooos!

* * *

El mensaje llegó al coronel Prydenham tan sólo doce minutos después de haber sido radiado por Einstein. Prydenham quedó un instante atónico cuando, tras el sobresalto de la información sobre las naves de oonooos que se acercaban a la Tierra, supo que Einstein estaba acercándose al cráter.

Por un instante, pensó que estaba loco; acto seguido, movió negativamente la cabeza.

—Es un hombre inteligente... —murmuró—. Lo es, maldita sea mi estampa, de modo que está tramando algo.

—¿Qué puede tramar? —desdeñó el comandante Stacey — Toda la zona está absolutamente controlada por nuestras fuerzas, señor. Y ni

el más loco de los locos intentaría acercarse a la bomba de hidrógeno que está en camino hacia aquí.

—La bomba… —murmuró Prydenham—. No, no se trata de la bomba. ¿Para qué podría quererla? Una bomba sólo sirve para permanecer guardada o para ser lanzada. ¿Dónde la guardaría él? Además, en el supuesto de que consiguiese apoderarse de ella, sabe que disponemos de muchísimas más. En cuanto a lanzarla, eso ni pensarlo.

—No es imposible hacerlo, señor. No se trata de *lanzarla,* sino de activarla, simplemente.

—Vamos, Stacey, no diga tonterías… —gruñó Prydenham—. ¿Se le está ocurriendo, acaso, que Marlowe podría pretender activar la bomba… antes de que llegase aquí?

—Es una posibilidad.

—¿Posibilidad? ¡Es una barbaridad, hombre! Con ello sólo conseguiría ocasionar la muerte a unos cuantos millones de norteamericanos. ¡Vamos, no diga estupideces !

—Lo siento, señor —masculló Stacey.

Prydenham le dirigió una torva mirada.

—Lo siento —gruñó—. Pero tenemos que pensar algo sensato. Partiendo de la indiscutible base de que el profesor Marlowe no es ningún tonto, debemos pensar que si viene hacia aquí con su esposa y con Carmichael es porque tiene todos los triunfos. ¿Qué triunfos?

—Ni idea. Pero entiendo que el profesor Carmichael y la señora Marlowe están prisioneros en Washington. No sabía que estuviesen en libertad.

—Compruebe eso inmediatamente. Y acto seguido disponga una vigilancia doble en torno al cráter. Y avisen al transporte de la bomba que extremen sus precauciones. ¿Para cuándo está prevista su llegada exactamente?

—Hacia las nueve de la mañana.

—Bien… Sí, claro, viaja despacio. Que ejerzan un control absoluto.

—Sí, señor… Respecto al profesor Marlowe, ¿qué hacemos si

realmente llega hasta el cerco de vigilancia?

—Tráiganlo aquí, naturalmente. Y todavía otra cosa, Stacey. avisen al centro espacia> que detectó la llegada de esta nave para que estén atentos a la posible llegada de otras. Y que hagan lo mismo todos los centros espaciales del país.

—Sí, señor.

Prydenham quedó solo en la tienda de campaña donde había instalado su puesto de mando. Veinte naves con un total de diez mil millones de oonooos... Desde luego, sería imposible que diez mil millones de seres humanos viajasen en veinte naves. No cabrían de ninguna manera. Entonces, ¿cómo podían hacerlo los oonooos? ¿Llegaban en forma de bolitas? ¿O sus materias eran... comprimibles? Prydenham se sentía agotado, y pensando que Marlowe todavía tardaría posiblemente no menos de un par de horas en llegar, decidió que era buena idea descansar un poco. Apoyó los brazos en la mesa de campaña, y dejó caer la cabeza encima. Si tan sólo pudiese dormir una hora...

De pronto, Prydenham recibió el mensaje:

«—Coronel Prydenham, nosotros estamos ya convencidos de la buena voluntad del profesor Marlowe hacia los oonooos, y deseamos desistir de seguir poniéndolo a prueba. Simplificaríamos mucho las cosas si usted aceptase permitir que programásemos ahora mismo la computadora de vuelo de nuestra nave.»

El mensaje sonó con tal claridad en su mente que. fue como si Prydenham lo hubiese recibido por el medio habitual, esto es, por el sentido del oído. Se agitó un poco. Tonterías. Estaba tan cansado que...

«—Le rogamos, coronel Prydenham, que atienda nuestra petición.»

Prydenham se estremeció, alzó la cabeza separando sus cansados párpados, y ya en seguida divisó el resplandor que llenaba su tienda. Cuando terminó de abrir los ojos, aún los abrió más: los desorbitó, aterrado, al ver a los seres que flotaban ante él. Un grito como roto, chirriante, brotó de la garganta de Prydenham, y acto seguido llevó la mano en busca de su pistola. Apenas iniciado el gesto, el albo y horrendo ser se tornó de color negro, de una intensidad tal que Prydenham tuvo la impresión de que se había apagado la luz de su tienda... mientras, al mismo tiempo, recibía de nuevo el mensaje:

«—¡No haga eso!»

El terror sustituyó a la agresividad en la mente del coronel. Y en cuanto esto sucedió, el color negro se desvaneció ligeramente hacia el morado, el violeta el azul, el rojo… Fue como si el arco iris fuese apareciendo lentamente ante los desorbitados ojos de Prydenham, color tras color, hasta que del amarillo pasó de nuevo al blanco, mostrando de nuevo al oonooo a los ojos del coronel.

Y acto seguido, sin transición, el oonooo sufrió una metamorfosis tan espectacular que Prydenham tuvo la sensación de que su sangre quedaba congelada: el horrendo ser se convirtió en el profesor Einstein Marlowe.

—Abandone sus ideas agresivas, coronel —dijo Einstein Marlowe—: no es eso lo que los oonooos estamos buscando, precisamente.

—Madre… mía… —jadeó Prydenham—. ¡Dios! ¿Es usted profesor Marlowe?

—No. Soy un oonooo, coronel. Pero usted está viendo lo que yo quiero que vea: esto es, al profesor Marlowe. Espero que con este aspecto podamos conversar con más sosiego. Nuestra intención…

—¡Stacey! —aulló Prydenham—. ¡Staaaceeeyyyyy…!

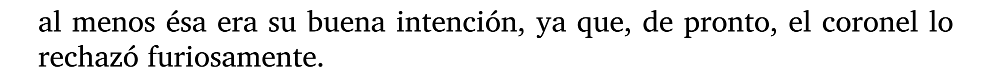
Mientras gritaba, terminó su gesto, sacando la pistola. El profesor Marlowe dio media vuelta dispuesto a salir de la tienda, al parecer perdido todo poder, momentáneamente, para sugestionar al coronel Prydenham, que disparó contra su espalda.

Partió el relámpago artificial de la pistola, y se clavó en la espalda del oonooo. Inmediatamente, ante los horrorizados ojos de Prydenham, el cuerpo de Marlowe se convirtió en una brusca y fulgurante llamarada que se transformó en una pequeña humareda y desapareció, sin dejar el menor rastro. Prydenham quedó inmóvil, con el brazo extendido, los ojos poco menos que fuera de las órbitas…

El comandante Stacey, que entró corriendo pistola en mano, lo encontró así, y se sobresaltó.

—¡Coronel! ¿Qué le ocurre, qué pasa…?

Prydenham lo miró, se dejó caer en su asiento, y comenzó a tartamudear. Stacey se asomó fuera de la tienda, y comenzó a llamar a gritos, a un médico. Acto seguido corrió a auxiliar a Prydenham, o


al menos ésa era su buena intención, ya que, de pronto, el coronel lo rechazó furiosamente.

—¡No necesito ningún médico, estoy bien!

-—Pero mi coronel...

—-¡Le digo que estoy bien! Pero he visto... he visto a uno de esos seres que estuvieron en la Casa Blanca. ¡Dios mío, la descripción que se hizo de ellos por radio se queda corta! ¡Son horrendos!

Dos oficiales de la Fuerza Espacial aparecieron, en la tienda, acompañando a un médico. Afuera quedaron varios soldados, indecisos. Stacey les hizo a todos una seña para que esperasen, mientras miraba alrededor, escéptico.

—¿Ha estado aquí uno de esos seres, coronel? —-preguntó.

—Sí... Lo he matado. Me sugestionó, consiguió que por unos segundos yo lo viese con la forma del profesor Marlowe. ¡Lo he matado!

—Creo que debería tranquilizarse, coronel —se adelantó el doctor Adamson—. Le examinaré por si...

—¡Quédese donde está i —le gritó Prydenham—. ¡No necesito sus servicios!

—¿Dónde está el cadáver de ese ser, coronel? —preguntó Stacey.

—¿Es que no sabe lo que ocurrió con los que mataron en la Casa Blanca? ¡Simplemente, se convirtió en humo, se combustionó! ¡Y no me mire como si estuviese loco, maldito imbécil, pues entonces también estaría loco el presidente Moonlight!

—Sí, señor... —(palideció Stacey—. ¡Quiero decir, no, señor!

Prydenham pareció deshincharse de pronto. Se pasó las manos por la cara, y lanzó un profundo suspiro. Cuando volvió a mirar a Stacey, su expresión era mucho más serena.

—Póngase en contacto con el transporte de la bomba: diga que deben llegar antes de lo previsto... ¡Cuanto antes! Tenemos que destruir esa nave y su contenido de bolitas lo más pronto posible... ¡Cielos, son unos seres *realmente* espantosos! Y con ese poder de sugestión que tienen, podrían apoderarse del control de la Tierra en

cuanto se lo propusieran... No sé cuántos de ellos pudo sacar Marlowe de su caja de la nave, pero hemos de impedir que salgan más. ¡Antes de que lo consigan los enviaremos al espacio y los eliminaremos a todos! En cuanto a los que salieron, los iremos cazando, se Io juro... Avise al transporte de la bomba, y luego disponga una guardia especial *dentro* de la nave. Si alguna de esas bolitas saliese de la caja sea como sea, disparen: las iremos combustionando a medida que vayan saliendo.

—Sí, señor... ¡En seguida, señor!

Stacey abandonó casi corriendo la tienda, haciendo señas a los demás para que salieran con él. Prydenham volvió a suspirar, se puso en pie, y se acercó al lugar donde se había combustionado el oonooo. No había el menor rastro de ello. Ni la más pequeña mota de ceniza, o suelo quemado, o humo, o cualquier olor... No había nada.

El coronel estaba realmente aterrado. El había visto con toda perfección, con sus propios ojos, a Einstein Marlowe. Esto significaba, sin la menor duda, que, en efecto, los oonooos podían adoptar cualquier forma humana; mejor dicho, sugestionar a quien los veía de modo que creyesen ver la persona que los oonooos elegían para representar. En pocas palabras, si un oonooo quería sugestionar a todos los empleados de la Casa Blanca de que él era el presidente de Estados Unidos, podía hacerlo fácilmente.

—Por todos los demonios... —jadeó Prydenham—. ¡Por todos los demonios del infierno!

¿Cuántos oonooos había sacado Marlowe de la caja de la nave, y cómo lo había conseguido? ¿Cuántos? ¿Cinco? ¿Cien? ¿Mil?... Cada uno de ellos podía aparecer, por sugestión, con la personalidad que quisiera en cualquier parte del mundo; podían usurpar cualquier jefatura de gobierno, la presidencia de cualquier organismo, el mando de cualquier ejército, el control de cualquier centro espacial, la dirección de cualquier instalación de bombas instaladas en proyectiles que podían recorrer la mitad del globo terráqueo para caer en lugares previamente elegidos...

E.1 sudor comenzó a chorrear por el rostro de Prydenham. Había que matar a todos los oonooos que Marlowe había sacado de la nave... ¡Había que matarlos a todos, no podían ser muchos...!

De pronto, se dio cuenta de que Stacey había aparecido de nuevo en la entrada de la tienda, y de que, lívido como un cadáver, lo estaba

mirando con ojos desorbitados.

—¿Qué ocurre, Stacey? —murmuró Prydenham.

—Mi coronel... Señor...

—¡No tartamudee, maldito sea, y dígame qué pasa ahora!

—Señor, los... las bolitas de la nave...

—¡Sí, ya sé! ¡Esos embriones! ¿Qué pasa con ellos?

—No... no están. en la caja de la nave, señor. Han... han desaparecido, la... la caja está *vacía*...

CAPITULO VII

En determinado momento, sin consultar a Einstein, Felicity puso en marcha la radio del camión. Einstein la miró un momento, sorprendido, pero no dijo nada. La voz del locutor estaba dando una noticia que puso al científico los pelos de punta:

'—...Y la decisión del coronel Prydenham ante la desaparición de los cientos de millones de embriones de la caja de la nave, fue comunicarse inmediatamente con el presidente Moonlight. En estos momentos, mientras la bomba de hidrógeno está viajando, ahora velozmente, hacia la península Lower, el pánico ha cundido en los mandos del país. Al parecer, el presidente Moonlight ha puesto en pie de guerra a todas las fuerzas armadas de la nación, y, tras comunicarse directamente con las máximas potencias armadas del resto de la Tierra, ha conseguido un acuerdo por medio del cual han partido ya desde Rusia, toda Europa, Norte de África, Lejano Oriente y Australia, tropas y armamentos eléctricos en transportes especiales de gran velocidad. Todo ello significa que, en menos de diez horas, Estados Unidos se convertirá en la plataforma mundial de concentración de las más poderosas tropas y armas del planeta. Y .es comprensible: esos cientos de millones de seres llamados oonooos pueden extenderse rápidamente primero por América del Norte y, en muy poco tiempo más, por todo el planeta. Pese a su color blanco luminoso, son horripilantes en su conjunto, y a ello hay que añadir ese increíble poder de sugestión que poseen. Está comprobado que pueden sugestionar a cualquier en el sentido de que una persona puede estar viendo un oonooo y creer que está viendo a su esposa, su hijo, su madre, o cualquier persona amada o simplemente conocida,

Esto está causando un terrible pánico no ya sólo en Estados Unidos, sino en todo el mundo, pues las noticias se han propalado vía satélite a todo el planeta. Los oonooos son fáciles de exterminar, pues se combustionan con la electricidad, como si fuesen de gas, por lo que se recomienda a todo el mundo que se procure armas eléctricas o cualquier artefacto, incluso domésticos, que puedan producir chispas. Al parecer, es la única defensa contra los oonooos, cuya intención de invadir nuestro planeta queda claramente demostrada por la noticia, todavía no sabemos si cierta, de que veinte naves conteniendo un total de diez mil millones de esos horrendos seres están acercándose a la Tierra, al parecer, precisamente a la península Lower, por lo que la máxima concentración de tropas y armas se está realizando en dicho lugar, especialmente cañones de superláser, con la esperanza de abatir esas veinte naves en el espacio, a la mayor distancia posible de la Tierra. Todos los centros de auscultación espacial están utilizando la totalidad del personal disponible para no demorar ni una décima de segundo el aviso de la llegada de las naves de oonooos. Pese a que los oonooos pueden incluso estar ocupando en este momento la personalidad del presidente Moonlight en la Casa Blanca y las de los altos mandos militares en el Pentágono, se recomienda, a todos la máxima serenidad. Tengamos en cuenta que los oonooos no parecen disponer de medios para matar, y en cambio son muy fáciles de eliminar. Las instrucciones...

Felicity apagó la radio, y se quedó mirando a Einstein, que estaba lívido, demudado al rostro.

—No parece que haya gran cosa que hacer —murmuró ella.

Einstein no contestó. En la distancia se veía ya el resplandor del enorme campamento de personal militar y de curiosos alzado en el centro de la península Lower alrededor de la nave de los oonooos... Einstein desvió el camión de la carretera, y apagó el motor.

—Mi sugerencia —murmuró Carmichael— es que no hagamos nada más, Einstein. Dejemos que esas naves lleguen y se hagan cargo de la situación.

—No podemos hacer eso —susurró Einstein—. Es cierto que los terrestres estamos demostrando ser unos criminales y unos estúpidos, profesor; pero no podemos quedamos sin hacer nada nosotros tres. Por un lado, no quisiera que los oonooos de la nave fuesen exterminados ; y por otro lado, lógicamente, tampoco quisiera que los terrestres fuesen sometidos a grandes desgracias.

—Lo indudable —murmuró Felicity— es que merecen un buen castigo, querido.

—Sí, eso es cierto. Pero, Felicity, no podemos dejar que la población humana sea sacrificada de algún modo.

—Entonces..., ¿sacrificamos a los oonooos?

—¡No! ¡A nadie! Tengo que encontrar una solución... Había pensado pedir la ayuda de los oonooos para cuando estuviera frente a Prydenham ocupar su lugar, esto es, que todos me vieran a mí como si fuese Prydenham, y a él como si fuese yo. Entonces, habría entrado en la nave, y, con las instrucciones de los oonooos, no sólo la habría programado para vuelo, sino que, siempre ocupando la personalidad de Prydenham, habría ordenado que se la dejase partir...

—Es una buena idea —sonrió Felicity.

—Pero tiene un gran riesgo —recordó Carmichael—; quizá el coronel Prydenham no esté dispuesto a permitir que ninguno de nosotros se acerque a él, por temor a que no seamos lo que parecemos. Lo más probable es que hayan dado orden de disparar no sólo contra los oonooos, sino contra todos aquellos que estén de su parte: es decir, contra nosotros tres, para impedirnos cualquier acción favorable a esos horrendos seres del espacio.

—Es cierto —asintió Felicity—; no nos dejarán acerarnos a él, Einstein. Creo que él profesor tiene razón, querido: no hagamos ya nada más. Los oonooos se las arreglarán solos.

—No —insistió Einstein—. No podemos dejar que las cosas sucedan del modo más terrible. Debemos hacer lo posible... y hasta lo imposible para evitar más fricciones entre los terrestres y los oonooos... Yo estoy dispuesto a correr cualquier riesgo, pero no quiero que vosotros hagáis lo mismo. De modo que nos separaremos, y...

En aquel momento, en la carretera aparecieron los faros de un vehículo, ya muy cerca. Y en seguida, más luces de vehículos detrás de las primeras. Einstein lanzó una exclamación, y las señaló;

—¡Esa debe ser una patrulla de la Fuerza Espacial! ¡Vamos a pedirles que nos lleven ante el coronel Prydenham !

—No —murmuró Felicity—. No, Einstein, no...

—Está bien, iré solo. Salid también del camión, y escondeos por ahí. Si necesitáis ayuda, sólo tenéis que pedirla mentalmente, y los oonooos aparecerán junto a vosotros. ¡Hasta la vista!

Se dispuso a saltar del camión, pero Felicity le asió por un brazo.

—¡No, Einstein! ¡Tienen órdenes de tirar a matar contra nosotros…!

Einstein se desasió, sin brusquedad.

—Querida, tenemos que arriesgamos. No te preocupes, no pasará nada. Vosotros esconderos por ahí, no deis señales de vida pase lo que pase. En el caso de que a mí me ocurriera algo, tenéis que seguir insistiendo vosotros.

Todavía con la última palabra en la boca, Einstein saltó del camión, y se dirigió hacia la carretera, al encuentro de los vehículos que se acercaban. Carmichael y Felicity cambiaron una mirada, y los dos se apresuran a saltar del camión, corriendo en pos de Einstein, que volvió la cabeza y les hizo señas.

—¡No! —gritó—. ¡Alejaos, no tenemos que arriesgarnos los tres a la vez!

—Iremos contigo —le alcanzó jadeando Felicity—.

Puesto que quieres llegar hasta el coronel Prydenham, llegaremos.

—Los vehículos se han detenido —señaló Carmichael.

Justo entonces, varios haces de luz partieron de los vehículos detenidos en la cercana carretera, y los envolvieron de lleno en su luz intensa…

* * *

El jefe de la patrulla de la Fuerza Espacial lanzó una imprecación cuando la luz alcanzó de lleno a los tres gatos que estaban en un lado de la carretera, mirando hacia ellos.

—Maldita sea… —masculló—. ¡Son gatos!

—Pero, mi capitán —objetó el hombre que estaba junto a él—, le aseguro' que me parecieron tres personas…

—¡Todos estamos viendo visiones! —masculló el oficial—. ¡Dejen en paz a esos animales, no son la clase de piezas que estamos buscando!

—Podrán ser oonooos —murmuró el soldado—. Quiero decir que quizá hemos sido sugestionados y...

—¡Ya está bien! ¡Al final empezaremos a matamos unos a otros pensando que todos somos oonooos! ¡Sigan la marcha!

* * *

Las voces, en tono alto, habían llegado nítidamente a oídos de Einstein, Carmichael y Felicity. El primero se había desconcertado un instante, pero en seguida se echó a reír.

—¡Creen que somos gatos! —exclamó—, ¡Ya os dije que estaremos recibiendo en todo momento la ayuda de los oonooos! Deben estar muy cerca de nosotros protegiéndonos... ’

—Sí —dijo Carmichael—. Deben estar muy cerca de nosotros.

—Sigamos a pie. No tardaremos más de media hora en llegar al campamento. ¡ Y ya veréis como nadie impedirá el paso a tres gatos!

Volvió a reír, secundado por su esposa y Carmichael. En pocos segundos, llegaron a la carretera, y dejando a sus espaldas la patrulla de la Fuerza Espacial, continuaron hacia el cráter donde estaba la nave de los oonooos...

* * *

—¡Mac! —casi gritó David.

Mac corrió hacia él. Se detuvo a su lado, frente a la gigantesca pantalla del detector espacial, y lanzó una ahogada exclamación.

—Acaban de aparecer —murmuró David.

Mac asintió. Esta vez no se sorprendió de que aquellos veinte puntos acabasen de aparecer. David pulsó el selector de distancias: siete mil quinientas millas separaban los veinte puntos marcados en la pantalla del planeta Tierra.

—Entonces, es cierto... —jadeó Mac—. ¡Ahí los tenemos ! ¿A qué velocidad se están acercando?

David pulsó el selector adecuado. Movió la cabeza.

—A ninguna. Se han detenido.

Mac parpadeó. De pronto, comenzó a dar órdenes al resto de los técnicos del centro espacial, mientras él, simplemente, utilizaba el sistema ya convenido para avisar el acercamiento de naves extraterrestres: apretó un botón. Un botón que llevó inmediatamente la alarma a la computadora, que la reprodujo en una milésima de segundo para todos los centros espaciales del mundo. Acto seguido, Mac descolgó el auricular de un teléfono rojo recientemente instalado. Solamente dijo:

—Están ya aquí. Se han detenido a siete mil quinientas millas de la Tierra, distancia que pueden recorrer en novecientos treinta y siete segundos.

El suboficial tendió la cuartilla impresa al coronel Prydenham, que estaba estableciendo más dispositivos de seguridad con el comandante Stacey.

—Ha llegado ahora mismo, señor.

Prydenham leyó el mensaje, y palideció. Miró a Stacey.

—Ya. están aquí... —susurró—. Las veinte naves de los oonooos están a siete mil quinientas millas de la Tierra. Se han detenido.

—¿Se han detenido? —exclamó Stacey, también pálido.

—Sí —Prydenham se pasó la lengua por los labios—. ¡Daría cualquier cosa por poder ver esas veinte naves suspendidas en el espacio a esa distancia de la Tierra! Debe ser algo acojonante,

—¿Qué .podemos hacer?

—No podemos hacer nada. Ellos pueden estar aquí en quince minutos..., es decir, mucho antes de que lleguen refuerzos de

consideración.

—¿Por qué se habrán detenido, señor?

—No tengo ni idea... Pero ¡qué es esto! —gritó de pronto Prydenham—, ¿De dónde demonios salen estos gatos? ¡Sáquenlos de aquí inmediatamente!

El mismo quiso hacerlo, colaborando con Stacey y el jefe de los servicios de radio, pero los tres gatos no les dieron opción a nada: simplemente, salieron a toda prisa de la tienda. Prydenham se lanzó a refunfuñar, y de pronto miró de nuevo el mensaje.

—Sí —gruñó—, ésa es una buena pregunta: ¿por qué se han detenido? Matthews, vuelva al puesto de comunicación, y téngame informado al segundo de las evoluciones de esas naves.

—Sí, señor.

—Stacey, vaya a preguntar cuánto tardarán en llegar aquí las más próximas de nuestras fuerzas.

—Ahora mismo, señor. Vamos, Matthews.

Apenas habían salido de la tienda el comandante y el suboficial, los tres gatos volvieron a entrar. Prydenham, absorto, tardó unos segundos en reaccionar, pero, apenas su ceño se frunció, los tres gatos sufrieron una brusca transformación... sólo en su mente; los profesores Carmichael y Marlowe, y la esposa de éste, ocuparon el lugar de los gatos. Prydenham soltó tal respingo que se atragantó. Y Einstein no le dio tiempo a más.

—Coronel Prydenham, venimos dispuestos a colaborar, así que le ruego que sea razonable. Ah; y no somos oonooos, sino las personas que está usted viendo.

—¿Cómo está, coronel? —le sonrió Felicity.

Carmichael se limitó a hacer un amistoso gesto con la mano. Prydenham retrocedió, y se sentó en el borde de su catre de campana. Se pasó las manos por la cara, volvió a mirar a sus tres visitantes, y suspiró.

—Está bien... —aceptó—. Son ustedes, de acuerdo. Pero les advierto que no me sorprenderían si no lo fuesen. ¿Qué es lo que quieren?

—Programar la nave de los oonooos para lanzarla al espacio —dijo rápidamente Einstein.

—Eso ya no serviría de nada —mostró su desaliento el coronel—. En primer lugar, los embriones han desaparecido. En segundo lugar, tenemos las veinte naves a siete mil quinientas millas de la Tierra. Pueden aterrizar aquí en quince minutos. Mucho me temo que la partida ya ha terminado: van a invadimos. ¡ Cielos, qué lucha más absurda hemos intentado sostener! No podemos nada contra esos seres, ahora lo comprendo... Aparecen y desaparecen, adoptan cualquier aspecto a nuestros ojos por medio de sugestión mental, son miles de millones... ¡Estamos perdidos, eso es todo!

—Supongamos —dijo Felicity— que los embriones estuviesen en su nido de transporte, y que pudiésemos programar la computadora de vuelo a la nave. ¿Permitiría usted su lanzamiento, coronel?

—No puedo hacerlo —negro Prydenham—: tengo órdenes severísimas al respecto, señora Marlowe.

—¿Orden de aniquilación?

—Exactamente.

—¿Aunque la aniquilación de esos embriones signifique la visita total de esas veinte naves?

—¿No. Io entiende? —dijo Carmichael—. Esas naves están esperando una solución pacífica. Si les devolvemos sus embriones, olvidarán que hemos combustionado algunos de ellos, y se irán. Por eso están esperando.

—¿Cómo lo sabe usted? —gruñó Prydenham.

—Mo parece elemental —gruñó Carmichael—. ¿Qué otra cosa podrían estar esperando?

_—¿Por qué no llama a la Casa Blanca? —sugirió Felicity—. Exponga la situación, y diga que si dejamos marchar la nave con esos embriones, nada ocurrirá.

—Sé que se negarán. Además, ya les he dicho que esos embriones se... se fueron, desaparecieron.

—No —sonrió Carmichael—: están todavía allí, no se han movido, coronel. ¡Y por favor, no me diga que no comprende esto!

—¿Quiere decir… que los oonooos adultos han estado sugestionando a todos los que han mirado en el nido de los embriones, en el sentido de impedirles que los viesen?

—Por supuesto —sonrió Felicity—. Pero están allí.

—Vamos —señaló Carmichael—, llame a la Casa Blanca, y dígale al señor presidente lo que ocurre: si la nave se va, las otras ni siquiera se acercarán. Y que todo el despliegue de fuerzas en todo ©1 planeta sea anulado.

Prydenham miró dubitativo a Einstein.

—¿Qué dice usted, profesor Marlowe? Se ha quedado callado de pronto, como si no pintase nada aquí.

—Bueno…, no creo que hubiese podido expresarme mejor que Felicity y el profesor, francamente.

—¿Y cómo saben ustedes que es cierto que esas naves se irán, que nada ocurrirá? —mascülló Prydenham.

—Sólo quieren poner a salvo, sus embriones. Llame al presidente, y pregúntele si está dispuesto a aceptar intervenir como mediador entre los oonooos y los terrestres en todo el planeta para llegar a un acuerdo definitivo de buen entendimiento.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Que todavía podría ser que los oonooos aceptasen quedarse en determinada cantidad en la Tierra. Les van a conceder a ustedes otra oportunidad de beneficiarse de su presencia en este planeta.

—¿Está usted loco? —mascülló Prydenham—. ¡Vamos, profesor Carmichael, sabe muy bien que los terrestres nunca aceptarán compartir el planeta con esos horrendos seres!

—¿No se le ha ocurrido, coronel, que para los oonooos somos nosotros los horrendos? —preguntó Felicity—. Pese a lo cual, están todavía dispuestos a mostrarse comprensivos y beneficiamos con su presencia, conviviendo con nosotros, que, para ellos, somos seres horrendos… ¿No comprende usted esto?

—¡Ustedes están hablando de una invasión como si fuese… un privilegio para la Tierra!

—¿A usted no le parecería un privilegio que se le ofreciese la oportunidad de evolucionar en una semana lo que le llevaría normalmente un millón de años en el supuesto de que pudiera vivirlos?

—¿Eso pueden hacer los oonooos?

—Más o menos. Mire coronel, los oonooos están repartidos por todo el universo, y en el único lugar donde han sido mal recibidos ha sido aquí, en la Tierra. Actualmente, se están integrando en millones de planetas cuyas manifestaciones de vida son muy diferentes a las de la Tierra y entre sí. En todo el universo los oonooos se integran, mejoran el medio ambiente vital, se adaptan y van experimentando sucesivas metamorfosis que culminan cuando su aspecto es exacto al de los diferentes sistemas de vida. Hay mundos en los que las manifestaciones de vida son viras; pues bien, los oonooos están allí, desintegrando paulatinamente la parte nociva de esos virus en cuanto a lo que puedan perjudicar a otros seres del universo. Por ejemplo, si usted fuese ahora mismo al planeta Zop 10009. moriría en el acto, destruido su organismo por los virus allí existentes. Pero si va a Zop 10009 dentro de cien mil años, esos virus no le afectarán, porque los oonooos, al irse integrando en ellos, les habrán quitado su virulencia. Si usted pasa por una «zona podrida» del espacio, su cuerpo se corrompería aunque fuese dentro de la más hermética nave... Pero si lo hace dentro de un millón de años, nada le sucederá, pues la presencia de los oonooos en la zona podrida habrá alterado ésta de modo beneficioso. Y así, en todo el universo, los oonooos van mejorando las condiciones de vida y de evolución. Son... como es aquí en la Tierra la sal para los alimentos: los complementan, los mejoran, y a algunos los hacen comestibles, lo que sin sal no sería posible. Estoy seguro de que me entiende.

—Sí... —murmuró Prydenham, admirado—. Sí, le entiendo, profesor Carmichael, pero... No sé.

—Llame al presidente y explíqueselo todo. Haga la propuesta. ¿No cree que quizá todo se arregle así, coronel?

—Está bien —susurró Prydenham, acercándose al teléfono—; llamaré al presidente Moonlight y le diré todo lo que ustedes me han explicado»

CAPITULO VIII

El coronel Prydenham colgó el auricular del teléfono, y miró a Carmichael, Marlowe y Felicity, pálido.

—Ya lo han oído —murmuró: respuesta negativa. Ni Estados Unidos ni ninguno de los países consultados por la computadora de conexión de emergencias, aceptan recibir a los oonooos.

—Realmente —murmuró Felicity—, los terrestres constituyen una curiosa manifestación de vida, coronel. Son, con mucho, los peores seres vitales conocidos de todo el universo.

—Y le diré otra cosa —intervino Carmichael—: en todo momento, los oonooos han podido controlar con toda facilidad esta situación, pero sólo su esperanza de llegar a un entendimiento con los terrestres les ha impedido zanjar la cuestión en el acto. Ellos no llegaron aquí accidentalmente, sino que venían expresamente a la Tierra. Y han podido marcharse en cualquier momento, en cuanto lo hubiesen deseado…

—¿Y por qué no lo han hecho? —refunfuñó Prydenham—. ¡La de complicaciones que nos habríamos ahorrado todos!

—Podrían haber ocupado el lugar de usted, o de cualquier otro ser de la Tierra, y en estos momentos estarían lejos de aquí, olvidado este planeta hostil. Han podido hacerlo con toda facilidad, se lo aseguro. ¿Por qué no lo han hecho? Se lo diré: porque percibieron diminutas y aisladas ondas de bondad, que en primer lugar se manifestaron en la persona del profesor Marlowe. Y atraídos por esa pizca de bondad en un terrestre, han… insistido en encontrar más bondad. No lo han conseguido, coronel. Solamente el profesor Marlowe es aceptablemente afín a ellos. ¿No es… decepcionante, coronel?

—No sé —musitó Prydenham.

—En realidad —sonrió Felicity—> los oonooos están preparados para escapar a toda velocidad de este planeta, coronel. ¿Y sabe por qué?: pues porque la virulencia de maldad aquí es tal que ellos, los oonooos, que se están dedicando hace millones y millones de años a… sanear el espacio, todavía no se consideran preparados para quedarse aquí. Están aterrados de los terrestres. De modo que dentro de unos minutos, simplemente, pondrán en marcha su nave, y se irán. Y nadie podrá impedirlo, porque lanzarán una sugestión colectiva que impedirá a sus armas, a las de los terrestres, atentar contra la nave. Simplemente, coronel, los oonooos se irán dentro de unos minutos, cuando sus mayores bajen a recogerlos y escoltarlos para llevarlos a

cualquier plano del universo donde no haya seres como los terrestres.

Prydenham estaba impresionado.

—¿Van a bajar las naves? —jadeó—. ¿Está segura, señora Marlowe?

—Segurísima.

El coronel se pasó una mano por la frente. Afuera se oían gritos, se encendían luces... El comandante Stacey apareció en la entrada de la tienda.

—¡Mi coronel! —aulló—. ¡Las naves! ¡Están...!

Se calló, y se quedó mirando, atónito, a Carmichael y a Felicity. Prydenham aspiró hondo.

—Las naves están acercándose, ¿no es cierto, Stacey? Pero ¿qué le pasa, hombre?

—Señor, la... la señora Marlowe y el profesor Carmichael están... están...

—Ya sé que están aquí. Son los gatos que vimos, o sea, los gatos que... ¡Ya me entiende!

—Sí, señor, pero es que... Bueno, mi coronel, usted sabe que una de sus órdenes fue que me asegurase de que estaban prisioneros en Washington...

—Lo recuerdo. ¿Y qué?

—Pues, mi coronel, la señora Marlowe y el profesor Carmichael están y han... han estado prisioneros todo, el tiempo en... en la mismísima Casa Blanca...

Prydenham parpadeó. Einstein Marlowe no se inmutó en absoluto, pues ya hacía rato que por sí mismo había descubierto la verdad, y por eso había permanecido callado.

—¿Cómo que están en la Casa Blanca? —gruñó Prydenham—. Si están aquí no pueden estar en... en...

Como Stacey, se quedó mirando, aterrado, al profesor Carmichael y a Felicity. Esta sonrió dulcemente.

—Nos pareció que el profesor Marlowe estaría más tranquilo si nos consideraba a salvo con él. Y de todos modos, teníamos que protegerlo y guiarlo hasta llegar a usted para hacer el último intento de entendimiento —Felicity miró a Einstein—. No se preocupe por su esposa, profesor Marlowe: mañana mismo podrá reunirse con ella, cuando nosotros nos hayamos marchado y todo se haya tranquilizado. Y por favor, no nos guarde rencor por haberle tenido engañado durante unas cuantas horas. Sólo queríamos protegerle.

—Lo sé… —murmuró Einstein—. Y os lo agradezco a todos los oonooos. Siento mucho que no podáis integraros un poco en mí, para hacerme mejor.

Felicity y Carmichael sonrieron enigmáticamente, y miraron a Prydenham y Stacey. Este reaccionó entonces, gritando;

—¡Son oonooos…!

Sacó rápidamente su pistola, y, en el mismo instante en que Carmichael y Felicity comenzaron a oscurecerse hasta la negrura infinita, disparó contra la bellísima señora Marlowe…, que en el acto se desintegró con una leve humareda, se combustionó. Pese a saber que aquel ser no era su esposa, Einstein experimentó tal shock al verla combustionarse que no acertó a reaccionar en modo alguno… En la oscuridad que creaba el ennegrecimiento de Carmichael, fruto del más profundo miedo hacia seres violentos como eran los del planeta Tierra, Stacey disparó hacia donde había visto un instante antes a Carmichael. Apareció como un fogonazo, y la oscuridad se disolvió al instante, dejando ver cómo Carmichael se combustionaba también, sin dejar ni el más pequeño rastro, como Felicity.

Einstein reaccionó de pronto, saltando hacia Stacey, quizá impulsado por el sobresalto que le produjo ver que el comandante desviaba su arma hacia él.

—¡Maldito loco criminal…! —aulló Einstein, descargando un tremendo puñetazo en la barbilla de Stacey.

El comandante salió violentamente impulsado hacia atrás, y cayó de espaldas, sin sentido. Einstein se apresuró a recoger su pistola eléctrica, y se volvió velozmente hacia Prydenham. Pero éste alzó las manos, 110 en gesto de rendición, sino de calma. Y. con una de ellas señaló hacia lo alto de la tienda.

—Tranquilícese, profesor… —murmuró—. Ni tengo intenciones agresivas contra usted, ni sería el momento de realizarlas. Fíjese… en

eso.

Einstein miró atónito el techo de la tienda. Segundos antes, era de noche. Ahora, parecía que afuera fuese de día: un resplandor albo atravesaba la lona, lo inundaba todo... La estupefacción de Einstein duró un par de segundos. De pronto, dejó caer la pistola, y exclamó:

—¡ Están aquí!

Salió como disparado de la tienda, seguido de Prydenham.

Afuera, en efecto, parecía que fuese de día..., pero sólo en la zona de la península Lower. Alrededor de ésta, en la distancia, el espacio seguía mostrando la negrura de la noche. Sólo allí, sobre la nave cilíndrica empotrada en el cráter, había un resplandor inmenso..., producido por las veinte gigantescas naves que permanecían inmóviles y silenciosas, todas ellas circulares, como enormes platos, flotando a una altura inferior a los quinientos metros.

Un silencio extraordinario, artificial, se había hecho en la península Lower. Los cientos de miles de personas congregadas allí parecían no existir, o ser de piedra. Einstein miró a su alrededor, y vio inmóviles a los soldados, a los componentes de la Fuerza Espacial. Ni siquiera las máquinas funcionaban. Sólo había luz y silencio cuando, de pronto, con un suave zumbido, la nave empotrada en el cráter comenzó a moverse, en reversa. Talmente como si fuera una película de dibujos animados, el colosal artefacto fue saliendo del cráter y elevándose mientras iba virando de modo que su agrada proa apuntó hacia el firmamento. Luego, por un instante, permaneció tan inmóvil y silenciosa como las otras naves.

Y justo en ese momento, un mensaje llegó a la mente del profesor Einstein Marlowe:

«—En atención a usted, profesor Marlowe, y a otros terrestres puyo nivel de bondad es aceptablemente satisfactorio, vamos a reducir el castigo a sus justos límites. Esperamos no extralimitarnos. Y no teman, jamás volveremos a la Tierra: realmente no vale la pena.»

La nave cilíndrica salió disparada, dejando como un agujero negro en la zona iluminada por las otras naves, y desapareció en menos de diez segundos de toda posibilidad de ser visionada. Acto seguido, con un leve rumor de energía, las veinte naves se lanzaron en pos de la primera, a tal velocidad que, en un instante, la península Lower quedó sumida en la oscuridad total, pues todas las luces del gigantesco y extraordinario campamento se habían apagado.

De pronto, volvieron todas las luces.

Einstein miró al coronel Prydenham, y, de reojo, al comandante Stacey, que salía tambaleándose de la tienda del primero. Y de pronto, Einstein se echó a reír.

—¡Por todos los cielos! —exclamó—. ¡Es el más justo castigo que jamás he conocido!

Frente a él, no sólo Prydenham y Stacey, sino todos los terrestres a los que estaba viendo, se habían convertido en oonooos.

Un instante más tarde, un clamor de espanto se elevó hacia el estrellado cielo, cuando cientos de miles de personas comenzaron a verse unas a otras convertidas en oonooos... Y tan sólo unos minutos más tarde, cuando la histeria y el horror eran totales en la península Lower, cuando todos huían de todos, aterrorizados, comenzaron a llegar noticias del resto del planeta Tierra, en el sentido de que, en todas partes de éste, los seres humanos habían sido convertidos en oonooos...

Einstein Marlowe todavía reía cuando, por la mañana, viendo en la pantalla de televisión a un oonooo informando que toda la población terrestre habíase convertido en monstruos horrendos, el. oonooo Prydenham, horrendo de verdad, se acercó a él y le dijo:

—Todo está arreglado, profesor Marlowe: uno de mis helicópteros le llevará su casa, adonde están trasladando ya a su esposa y al profesor Carmichael... ¿De qué demonios se ríe usted? ¡A fin de cuentas, también usted es a mis ojos un oonooo! ¡Y le juro que me resulta altamente horrendo y repugnante! ¡Maldito sea, no le veo la gracia por parte alguna, Marlowe! ¿Es que no le importa que yo le vea con aspecto de oonooo?

—¡Me tiene sin cuidado, coronel! —aseguró Einstein, sin dejar de reír.

—Pero, hombre, ¿se ha vuelto usted loco? ¡De qué se está riendo, si puede saberse!

—¿De verdad quiere saberlo? ¡Pues se lo voy a decir, no faltaría más! Me río porque ninguno de nuestros esfuerzos ha servido de nada... ¿No lo comprende? 'En estos momentos, el planeta Tierra está lleno de oonooos! Coronel, ¿de verdad no le hace gracia? El planeta Tierra está sufriendo una invasión de seres horrendos... ¡Nosotros mismos!

—Pero no somos oonooos… —jadeó Prydenham—. ¡No lo somos, aunque unos a otros nos veamos con ese horrible aspecto! No somos oonooos, ¡somos terrestres!

—Yo no lo veo así, coronel, lo siento. Para mí, usted es un oonooo. Y ha oído las noticias: todo el mundo en la Tierra es un oonooo a los Ojos de los demás habitantes del planeta. Creo que es un castigo de lo más certero. Y, en realidad, sólo una cosa me tiene intrigado.

—¿Qué cosa?

—Escuche mi pregunta, coronel: ¿volveremos alguna vez en nuestras vidas a vemos como terrestres…, o seremos ya, para siempre, horrendos seres invasores del planeta Tierra?

ESTE ES EL FINAL

El oonooo profesor Carmichael, horrendo con su albo cuerpo en el que se retorcía el interminable gusano verde, con sus mil pedúnculos flotantes, sus seis tentáculos en cuyos extremos relucían las bolas negras que debían ser los ojos, llegó apresuradamente a la Clínica Maternal, y tras informarse, subió a reunirse con *el* oonooo Einstein Marlowe, cuyo horrendo «cuerpo» flotaba envuelto en blanca luz en la sala de espera.

El oonooo profesor Carmichael, que había tomado el más rápido avión para llegar a tiempo al acontecimiento, gritó, apenas divisar al oonooo Marlowe.

—¿¡Qué!? ¿Llego a tiempo?

Los seis ojos esféricos quedaron todos enfocados hacia el oonooo Carmichael.

—Hola, profesor… —saludó el oonooo Einstein Marlowe—. Sí, llega a tiempo: todavía no ha nacido…, pero no creo que se demore ya mucho.

—Bueno, bueno, bueno… —farfulló el oonooo Carmichael, acercándose flotando—. ¡ Pues esperaremos! ¿Hay algún problema?

—Claro que no. La oonooo Felicity está perfectamente, y por supuesto el personal médico no tiene problema alguno en su trabajo.

—Vaya —mascullló el oonooo Carmichael—. Esperemos que Felicity no se limite a poner un huevecito, un... embrión de aquéllos.

—Puede ocurrir cualquier cosa. Pero sería un huevecito muy grande, supongo. Bien, el momento ha llegado,

como a tantas otras mujeres que estaban en estado y que parieron pequeños y horrendos seres. Han pasado seis meses desde que nos visitaron, y todo sigue igual.

—Yo ya me estoy acostumbrando a mi aspecto —aseguró el oonooo Carmichael—; pero supongo que eso debe ser bastante más difícil para la bella Felicity.

—Oh, ella lo acepta bien, no hay cuidado. ¿Cómo van sus últimos experimentos, profesor?

—No tan bien como los suyos —gruñó el oonooo Carmichael—, pero sigo adelante. Espero conseguir pronto un... ¿Qué es eso?

En el mismo momento en que se oía el llanto de una criatura terrestre, y Carmichael hacía la pregunta Einstein Marlowe se transformó ante sus ojos; es decir, apareció como el terrestre, rubio, atlético y atractivo Einstein Marlowe. Simultáneamente, el oonooo Carmichael desaparecía, y su lugar quedaba ocupado. por el barbudo profesor Carmichael. Y simultáneamente, en toda la clínica comenzaron a oírse exclamaciones, y acto seguido llantos y risas de alegría... Una enfermera aparecía poco después, haciendo señas a los dos científicos que se pusieron en pie como autómatas.

—Oh, Dios mío... —gemía la bella enfermera—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío...! ¡Vuelvo a ser yo!

Estaba llorando a lágrima viva.' Por los altavoces de la clínica se oían gritos, sollozos, todos se llamaban a gritos... Poco más tarde, Einstein Marlowe se enteraría de que, coincidiendo exactamente con el nacimiento de su hijo, en todo el mundo había cesado la sugestión: ya no había oonooos en la Tierra, sólo terrestres... Pero en aquel momento, Einstein sólo tenía ojos y oídos para Felicity y el pequeño vástago de ambos, que otra enfermera mostraba junto a la madre, llorando al verse de nuevo con su aspecto de terrestre. Einstein llegó a temer que el niño se le escapara de las manos, así que se acercó a tomarlo, y, acto seguido, se inclinó hacia su esposa, a la que besó en los labios suavemente.

—¿Estás bien? —murmuró.

La bellísima Felicity se limitó a asentir con un gesto, y acto seguido miró a Carmichael, que no sabía qué hacer ni dónde ponerse.

—¿Qué tal, profesor? —saludó blandamente Felicity.

—¿Yo? Oh, pu... pues muy bien, claro... ¡Yo no he tenido un hijo, ha sido usted!

—Yo estoy bien, gracias —casi rió Felicity—; miró a su marido—. Einstein, el castigo ha terminado completamente, ¿verdad?

Einstein 'iba a contestar que no lo sabía, pero en aquel mismo instante recibió el mensaje:

«—El castigo ha terminado, en efecto, profesor Marlowe. Pero, no todos los oonooos nos fuimos de la Tierra. Algunos seguimos aquí, y estaremos siempre junto a usted, para ayudarle siempre que lo necesite. Sólo le rogamos que no informe de esto a nadie.

—De acuerdo... Y gracias.»

Y en seguida, sonriendo a su esposa, Einstein dijo:

—Sí, mi amor, el castigo ha terminado completamente. Ha sido una dura lección para todos..., pero dudo mucho que la hayamos aprendido. Aunque externamente volvamos a ser bellos, interiormente seguimos siendo seres horrendos que tienen invadido el planeta Tierra.

FIN